



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**TIERRAS APARTADAS:
TRADUCCIÓN COMENTADA DEL CUENTO "CLEARANCES" DE
ALISTAIR MACLEOD**

TRADUCCIÓN COMENTADA

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS MODERNAS (LETRAS
INGLESAS)**

**PRESENTA:
NAYELI GUERRERO SÁNCHEZ**

**ASESORA:
MTRA. CLAUDA ELISA LUCOTTI ALEXANDER**





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Dedicado a mi madre Hermes, gracias por enseñarme a volar y velar porque el sol no derritiera
la cera de mis alas.*

Agradecimientos

Las mujeres de mi vida:

A mi abuela Mariana, por su amor infinito.

A mis hermanas Harumi y Aimeé, por su amor incondicional, por escuchar y creer siempre en mí.

Mis amigos:

A Patricia Minutti, por tanto amor y tanto derroche de luz.

A Daniel Juárez, por creer en mi trabajo y por abrazar las sombras conmigo.

Los profesores que marcaron mi camino:

A María de Lourdes Domínguez, Gabriel Enrique Linares, Claudia Elisa Lucotti y Francisco Finamori.

Finalmente, a mi generación adoptiva, a esos compañeros de clase que me encontré al final del camino cuando sentía que seguir con la carrera ya no era posible y que se convirtieron en amigos entrañables: María José, Valeria, Juan Manuel, Lucia, Alethia, Martín, Etzel, Salvador, Antonio, Alma y Olga.

Índice

1. Introducción.....	3
2. “Clearances” y la conciencia del pasado.....	5
3. De Escocia a Nueva Escocia y de Nueva Escocia a Canadá en el siglo XX: la representación de un nuevo <i>Middle Passage</i> en las historias de Alistair MacLeod.....	7
4. De Canadá a México en el siglo XXI: la traducción de la mediación entre la cultura escocesa y la cultura gaélico-canadiense.....	10
5. Lineamientos y parámetros de la traducción: extranjerización, poesía y oralidad.....	12
5.1 Extranjerización.....	14
5.2 Sonido y sentido: la prosa poética de Alistair MacLeod y la tradición oral.....	19
6. Conclusión.....	23
7. “Fuadach Nan Gaidheal (Apartados)”.....	25
Apendice 1. “Clearances”.....	40
Bibliografía	

The dark soft languages are being silenced:
 Mothertongue Mothertongue Mothertongue
 falling one by one back into the moon.

Languages of marshes,
 language of the roots of rushes tangled
 together in the ooze,
 marrow cells twinning themselves
 inside the warm core of the bone:
 pathways of hidden light in the body fade and wink out.

The sibilants and gutturals,
 the cave languages, the half-light
 forming at the back of the throat,
 the mouth's damp velvet moulding
 the lost syllable for 'T' that did not mean separate,
 all are becoming sounds no longer
 heard because no longer spoken,
 and everything that could once be said in them has
 ceased to exist.

The languages of the dying suns
 are themselves dying,
 but even the word for this has been forgotten.
 The mouth against skin, vivid and fading,
 can no longer speak both cherishing and farewell.
 It is now only a mouth, only skin.
 There is no more longing.

Translation was never possible.
 Instead there was always only
 conquest, the influx
 of the language of hard nouns,
 the language of metal,
 the language of either/or,
 the one language that has eaten all others.

Margaret Atwood, "Marsh Languages"

1. Introducción¹

Alistair MacLeod nació en el año de 1936 en North Battleford, Saskatchewan, Canadá, territorio en el que no permaneció por mucho tiempo pues, a la edad de 10 años, él y su familia se mudaron a Cabo Bretón, Nueva Escocia (tierra natal de sus padres y abuelos, y fuente de su inspiración literaria), en donde vivió hasta que terminó sus estudios universitarios en *St. Francis Xavier University*. Posteriormente, completó sus estudios de maestría en *New Brunswick University* y obtuvo su doctorado en *Notre Dame University*.

Sus publicaciones incluyen las colecciones de cuentos *The Lost Salt Gift of Blood* (1976) y *As Birds Bring Forth the Sun and Other Stories* (1986), la novela *No Great Mischief* (1999) –por la cual recibió el *Trillium Award*, el *Thomas Head Raddall Award*, el *Dartmouth Book & Writing Award for Fiction*, el *Atlantic Provinces Booksellers Choice Award* y el *International IMPAC Dublin Literary Award*–, la colección de cuentos *Island: The Complete Stories* (2000), el cuento ilustrado *To Everything There Is a Season: A Cape Breton Christmas Story* (2004) y, finalmente, los cuentos *The Mystery of Loch Tromlee: Angus of the Rocks* (2013) y *Remembrance* (2013). Estas narraciones se desarrollan en Nueva Escocia, provincia en donde los personajes se esfuerzan por mantener viva la cultura y las tradiciones escocesas. MacLeod retrató en estos escritos la importancia del patrimonio y la familia, así como la nostalgia por la tierra y la lengua que sus personajes y ancestros perdieron: el gaélico-escocés. Cabe destacar que, a pesar de que no nació en Escocia y no vivió en la época en la que se dieron las migraciones masivas al norte de Canadá, MacLeod no le dio la espalda a la historia de sus antepasados; por el contrario, su trabajo como escritor hizo evidente la necesidad de mantener vivos los orígenes de esta provincia en la memoria de los canadienses.

¹ Este trabajo es un pequeño homenaje a uno de los mejores escritores canadienses del siglo XX. Alistair MacLeod falleció el 20 de abril de 2014.

Esencialmente, éste fue el eje conductor de todos sus cuentos, y su evidencia, rastreable en sus referencias históricas y lingüísticas, más que en la naturaleza de sus tramas (que rondan en torno a la desesperanza y la melancolía), es clara de manera particular en “Clearances” (el cuento por traducir).

Lo dicho hasta aquí implica necesariamente que la traducción de este cuento haya buscado resaltar y conservar tales elementos, tanto históricos como lingüísticos (los cuales se esclarecerán más adelante), no sólo para mantener viva la lengua y la memoria de una cultura, sino también con los fines de provocar en el lector la sensación de que el texto que lee es una traducción y el de acercarlo a un texto lleno de elementos ajenos a su lengua y cultura. En otras palabras, esta traducción persigue tender un puente entre tres culturas y entre los continentes europeo y americano: ya que la narrativa de MacLeod representa un corpus literario donde se reviven el pasado de los migrantes escoceses y el proceso por el cual estos migrantes pasaron al establecerse en un nuevo continente, estamos ante una conexión que permite relacionar los eventos históricos que unieron a Escocia con América, a los gaélicos con los gaélico-canadienses, con los lectores de México y otros países de habla hispana.

Dicho esto, con la idea de exponer el trabajo dedicado a mantener esas referencias en el texto meta, se seguirán los siguientes pasos: en primer lugar, se hablará sobre los hechos históricos que se relacionan con el título y el contenido del cuento por traducir, así como sobre los elementos usados por MacLeod para mantener vigente el tema histórico presente de *The Clearances*²; posteriormente, se tratará la relación de estos elementos con la traducción y las decisiones de traducción; finalmente, se mencionará el método de extranjerización usado para traducir el cuento.

² Como se retomará en la sección dedicada a las decisiones de la traducción, este término se liga directamente con la idea de mantener en lengua inglesa los referentes directos a esta época en la historia de Escocia y Nueva Escocia. Se ha decidido dejarlo en su idioma original no sólo porque no existe un equivalente en español sino porque puede funcionar como un referente directo a la cultura escocesa y gaélico-canadiense.

Todo con la meta de darle la oportunidad al lector de crear una relación entre el pasado y el presente de Escocia y Nueva Escocia.

2. “Clearances” y la conciencia del pasado

Como se ha mencionado en la Introducción, “Clearances”, publicado por primera vez en *Island: The Complete Stories*, es un cuento en el que MacLeod mantiene vivos los lazos que unen a Escocia con Canadá; un texto con el que se comprende más claramente el presente tanto de Escocia como de las comunidades gaélicas y gaélico-canadienses. Ahora, para entender mejor a qué se hace referencia cuando se habla de la conciencia ancestral que MacLeod buscó despertar en el lector mediante el uso de referencias tanto históricas como lingüísticas, es necesario saber un poco más sobre la historia de la provincia canadiense en donde se desarrolla este cuento y sobre las migraciones masivas de escoceses llamadas, precisamente, *The Clearances*. Con este propósito se hace el siguiente recuento.

El territorio que actualmente se conoce como Nueva Escocia fue ocupado por primera vez en 1605 por los franceses y fue conocido como *L'Acadie*. Después, en 1621, los ingleses lo tomaron y lo nombraron Nueva Escocia (Buckie 6). Una década más tarde, en 1631, volvió a manos de los franceses y no fue sino hasta 1710 cuando la región fue cedida nueva y definitivamente a la corona inglesa y cuando ocurrieron los desplazamientos masivos conocidos como *The Clearances*. También llamado *Fuadach Nan Gaidheal*³ (su nombre en gaélico-escocés), el desplazamiento masivo ocurrido a lo largo de los siglos XVIII y XIX del grupo gaélico por todo el mundo se centró en las islas del norte de Escocia llamadas *The Highlands*⁴ (Richards 6). Las causas fueron diversas; entre ellas, se destacan la pobreza extrema que asediaba la tierra de los escoceses, los engaños sistemáticos a gran escala, económicos, culturales y políticos, con los que los ingleses buscaron

³ La expulsión de los gaélicos.

⁴ Si bien la traducción de este término existe en español (Tierras Altas Escocesas), se ha decidido mantenerlo en inglés, ya que así puede funcionar mejor como un referente directo a la cultura escocesa reconocido por la mayoría de los habitantes de habla inglesa en el Reino Unido.

convencerlos de cambiar su país de origen por el nuevo mundo⁵ y la batalla de Culloden, suscitada el 16 de abril de 1746 entre ingleses y escoceses, donde los primeros apoyaron y lucharon por el regreso de la Casa de Hanover al trono de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Esta fue la batalla con la que iniciaron los cambios extremos para los escoceses de las *Highlands* y para su cultura (se les prohibió hablar gaélico e incluso tocar sus gaitas). En palabras del Dr. Tony Pollard:

... over two and a half centuries after the event, the Battle of Culloden, fought on 16 April 1746, still means many things to many people. To Scottish expatriates, no matter how many times removed, it is an emotional touchstone to their Scottish identity and commonly regarded as the opening act of the epic tragedy of the Highland Clearances; to those with nationalist inclinations it is held up as an example of England's terrible maltreatment of its northern neighbour; to Unionists it is seen as the final gasp of a divisive movement hell-bent on returning Britain to monarchical despotism; to romantics it marks the end of one of those great lost causes, pitching the Highland underdog against the might of the Hanoverian war machine. (2009)

Así pues, Nueva Escocia fue uno de los territorios que recibió una gran cantidad de estos migrantes. Los primeros escoceses en partir hacia el norte del continente americano llegaron a bordo de la embarcación *Hector*,⁶ en septiembre de 1773.⁷

“Clearances” se relaciona estrechamente con los acontecimientos históricos antes mencionados. En este cuento, MacLeod presenta al lector con un protagonista quien, a pesar de haber vivido en Nueva Escocia por tres generaciones y, a pesar de no haber nacido en Escocia, queda tan marcado por un viaje que lo lleva allá durante la Segunda Guerra Mundial, que el país queda plasmado en sus recuerdos. Este personaje es quien da acceso al lector, a través de estos recuerdos, a una suma de referencias importantes sobre la historia de Escocia:

⁵ Un ejemplo de esto es el método de persuasión que usó John Ross (un agente de la *Philadelphia Land Company*, contratado por John Witherspoon y John Pagan) para convencer a los escoceses de viajar a América: les prometía facilitarles refugio y provisiones a su llegada, y eventualmente asignar una granja a cada familia que decidiera viajar en los barcos de la compañía que representaba. La realidad que les esperaba al llegar era muy distinta, pues no se les daba nada de lo prometido (Campey 22-26).

⁶ Esta embarcación fue construida en los Países Bajos alrededor de 1750 y le pertenecía a John Pagan, un mercader de Greenock, Escocia. El *Hector* zarpó del puerto de Loch Broom, Ross-shire, el 10 de julio de 1773.

⁷ Buckie, Catherine, *Parliamentary Democracy in Nova Scotia: How it Began, How it Evolved*. Communications Nova Scotia: Halifax, 2009

During the remainder of the week, he tried to do it all. Aided by the information on the scraps of paper and his new-found friends and friends of friends, he went on boats up the inland lochs and across the straits to the offshore islands which he found inhabited mainly by wind and crying seabirds. He found the crumbled gravestones, some bearing his name, beneath the waist-high bracken. Where once people had lived in their hundreds and their thousands, there now stretched only the unpopulated emptiness of the vast estates with their sheep-covered hills or the islands which had become bird sanctuaries or shooting ranges for the well-to-do. He saw himself as the descendant of victims of history and changing economic times, betrayed, perhaps, by politics and poverty as well. (420)

Este fragmento, por ejemplo, habla a los lectores sobre el cambio drástico del paisaje escocés después de las migraciones masivas y de cómo el protagonista reflexiona acerca de la historia de sus antepasados. Aunque breve, el pasaje basta para ilustrar cómo MacLeod logra transmitir el difícil proceso de despojo de tierras y lengua de una sociedad sin la necesidad de confrontar al lector con fechas y nombres de personajes históricos, sino mediante el uso de descripciones detalladas del paisaje que se intercalan con las diferentes perspectivas sobre los sucesos que marcaron la historia de Escocia.

En “Clearances”, MacLeod retrata el proceso de desaparición de una cultura; no obstante, es imperativo subrayar el deseo de este trabajo por focalizar al texto como un objeto que, al perdurar en el tiempo, podrá funcionar como un método de regeneración de la cultura escocesa misma y de la cultura gaélico-canadiense. Como bien lo indica el escritor Seamus Ceallaigh: “[...] the Gaelic identity has not declined but continues to grow and evolve to significantly distinguish and enrich Canada”. (40)

3. De Escocia a Nueva Escocia y de Nueva Escocia a Canadá en el siglo XX: la representación de un nuevo *Middle Passage* en las historias de Alistair MacLeod

Con el propósito de comprender las implicaciones de la migración masiva de escoceses a diferentes partes del mundo, es primordial tomar en cuenta que estas personas formaron parte de un escenario compartido con otros grupos de migrantes de diferentes nacionalidades que, durante los siglos XVIII y XIX, fueron forzados a abandonar sus países de origen para establecerse en diferentes colonias imperialistas alrededor del mundo; y, aunque a primera vista pareciera no haber

comparación alguna, es menester observar que estas migraciones se relacionaron estrechamente con la ruta que navegaban los barcos esclavistas de Europa al continente americano.

Middle Passage es el nombre específico de la ruta que seguían las naves que transportaban esclavos africanos hacia las colonias del Nuevo Mundo. No obstante, en años recientes, estudiosos de historia y literatura le han dado a este título un significado mucho más amplio del que podría suponerse a primeras luces, como bien lo muestra la siguiente cita: “[...] the middle passage is not merely a maritime phrase to describe one part of an oceanic voyage; it can, rather, be utilized as a concept—the structuring link between expropriation in one geographic setting and exploitation in another” (Christopher, Pybus, Rediker 2). Claramente, este enfoque puede representar un nuevo giro no sólo para el tema de la migración forzada de esclavos africanos, sino también para el de las migraciones escocesas: si el nombre *Middle Passage* puede entenderse más como la representación de un concepto, entonces es posible englobar dentro de él a todo el fenómeno de la migración escocesa, ya sea la ruta que siguieron para llegar al Nuevo Mundo, el proceso de expropiación de sus tierras, la explotación a la que se vieron sujetos al llegar al continente americano o, incluso, el esfuerzo que hicieron para mantener viva su cultura.⁸

Es aquí en donde se hace pertinente volver al trabajo de Seamus Ceallaigh, autor que habló sobre el *Middle Passage* en el ensayo “The Gaelic Middle Passage to Canada” y quien le dio otro giro interesante a este tema al centrar su atención en la aparente destrucción de la cultura gaélica y su regeneración: “The Middle Passage metaphor implies that cultures have relentless energies that ceaselessly change. Colonial policies may deflect or alter such energy, but they cannot arrest it entirely” (40). Con esto, tomando en cuenta que este trabajo reitera la idea de la resistencia de una

⁸ Recordemos que los escoceses que desembarcaron en el puerto de Pictou en 1773 llegaron con la esperanza de que este territorio se convirtiera en una nueva Escocia; sin embargo, sus esperanzas estaban fundadas sobre bases frágiles, ya que este territorio le pertenecía a la corona inglesa: “It must have seemed deeply ironic to these founders of ‘New Scotland’ that the people who came forward to greet them were New Englanders. This was already an English colony. The Nova Scotia which they saw before them was Scottish in name only” (Campey 4).

cultura en un nuevo continente, valdría hacerse las siguientes preguntas: ¿cómo podríamos ahora nosotros relacionar el trabajo de Alistair MacLeod con este nuevo enfoque? ¿Cómo es que MacLeod contribuye a que la identidad cultural de los escoceses y de los gaélico-canadienses no desaparezca? ¿Qué pasa cuando hablamos de la resistencia de esa cultura ante las nuevas generaciones del siglo XXI?⁹

Ofrecemos la siguiente respuesta: MacLeod contribuyó, y sigue contribuyendo, a que la cultura gaélica y gaélico-canadiense se mantenga viva, tanto en la memoria de las nuevas generaciones como en la de los lectores de otras partes del mundo, en tanto que sus narraciones, en particular el cuento “Clereances”, logran combinar la información sobre los sucesos históricos que marcaron la vida de los migrantes escoceses con una narración que le da voz a la memoria de las personas y las familias que tuvieron que enfrentarse a las consecuencias de abandonar su país de origen. MacLeod creía que las vivencias de las generaciones pasadas siempre tendrían un efecto en las generaciones futuras. Y no sólo en ellas sino también en otras culturas; así, por ejemplo, llegó a relacionar la experiencia de los escoceses con la manera en que los irlandeses (pueblo que pasó por un proceso similar al de Escocia) concebían la diáspora cultural de su país:

The Irish are quite eloquent about it, saying that the "Irish nation" is not contained within the shores of Ireland. Not too long ago, I was visiting Ireland, and many of the people I met over there were talking about the economic unification in Europe, and the euro, and all the rest of it, yet they still feel that they have much more in common with the Irish in Boston than they do with the citizens of Berlin. So their economic ties are in one direction, and their emotional or social ties are elsewhere, and that's certainly true of the Highlanders from Cape Breton Island. (Baer 4)

⁹ Al hablar de la resistencia de esta cultura, es pertinente mencionar el referéndum que tuvo lugar en Escocia el 18 de septiembre de 2014 en el cual los escoceses votaron para decidir si seguían formando parte del Reino Unido o si se convertían en un Estado independiente y cuyo resultado fue un 55.3% a favor de seguir formando parte del Reino Unido y un 44.7% a favor de la independencia. Este proceso estuvo marcado por una fuerte campaña de desprestigio en contra del “sí a la independencia” encabezada por políticos y celebridades tanto inglesas como escocesas quienes advirtieron a los pobladores de los grandes peligros a los que se enfrentarían si optaban por independizarse del Reino Unido (Crace).

Esta unificación se hace presente en “Clearances” y en el resto de la obra de MacLeod pues todos sus personajes expresan la nostalgia por la tierra que dejaron atrás y luchan por mantener viva la cultura tanto en sus nuevas comunidades como en su memoria.

Sintetizando, se termina por considerar que la obra de MacLeod, particularmente el relato “Clearances”, funciona como un nuevo *Middle Passage* debido a que con sus cuentos se crean lazos que permiten que las nuevas generaciones se reencuentren con el pasado de su cultura e incluso con el presente de ésta. Por medio de referencias históricas y culturales, MacLeod fomenta la formación de una conciencia del pasado colectivo de la comunidad gaélica y gaélico-canadiense y a su vez crea un puente tanto entre dos continentes como entre el pasado de Nueva Escocia y las nuevas generaciones de esta provincia.

4. De Canadá a México en el siglo XXI: la traducción de la mediación entre la cultura escocesa y la cultura gaélico-canadiense

En “Clearances”, Alistair MacLeod no sólo hace alusión a los motivos de la migración masiva de Escocia al norte de América (al mismo tiempo que describe el paisaje escocés y a sus habitantes), también hace evidente que vivir en una “nueva” Escocia no terminó con los problemas que aquejaban a los escoceses en el viejo continente. Uno de los principales fue la prohibición de la enseñanza formal del gaélico y la construcción de escuelas en donde el inglés se imponía sobre la lengua materna de los escoceses de las *Highlands*, con lo que se negó a las nuevas generaciones el contacto principal con sus raíces (McIntayre 5-14).

En “Clearances”, MacLeod hace evidente este dilema e incluso va un poco más allá, ya que habla de otras minorías que comparten el mismo territorio y el mismo problema con los escoceses:

They conducted almost all of their lives in Gaelic, as had the previous generations for over one hundred years. But in the years between the two world wars they realized, when selling their cattle or lambs or their catches of fish, that they were disadvantaged by language. He remembered his grandfather growing red in the face beneath his white whiskers as he attempted to deal with the English-speaking buyers. Sending Gaelic words out and receiving English words back; most of the words falling somewhere into the valley of noncomprehension that yawned between them. Across the river the French-speaking Acadians seemed the

same, as did the Mi'kmaq to the east. All of them trapped in the beautiful prisons of the languages they loved.
(418-19)

Como bien se muestra en este fragmento del cuento, los escoceses consideraban necesario aprender inglés solo para comerciar con los fundadores de la región. Esta es una de las dificultades reales que yacen detrás de “Clearances”, ya que muchos de los problemas de los escoceses comenzaron cuando aprender inglés se volvió obligatorio (McIntyre 5-14), lo que provocó que las nuevas generaciones le dieran menos importancia a las costumbres y a la lengua materna de sus padres y abuelos. En pocas palabras, el autor cuenta la historia de un hombre que se niega al cambio no por simple capricho, sino porque está consciente de que acceder a ello significaría contribuir a la desaparición de una lengua y de una cultura enteras.

Lo antes mencionado se relaciona estrechamente con el propósito de la traducción del relato “Clearances” mencionado en la introducción (la mediación entre la cultura escocesa y la gaélico-canadiense) y cuyo fin debe ahondarse: no se pretende saltar al rescate de una cultura o una literatura ignorada o poco valorada sino mantener todas aquellas referencias a estas culturas (como puede ser el ejemplo del nombre de uno de los molinos de lana más famosos de Canadá, perteneciente a una familia gaélico-escocesa en la Isla del Príncipe Eduardo y el título mismo del cuento) para conducir a cualquier lector de habla hispana a tomar conciencia sobre los problemas que una comunidad de cultura diferente a la suya tuvo que enfrentar.

La traducción de esta mediación literaria entre las comunidades escocesa y la gaélico-canadiense busca que la memoria de esta cultura se mantenga viva no sólo en el imaginario de los lectores de habla inglesa, sino también en el de los lectores de habla hispana. Sumado a esto, el ejercicio fomenta la idea de que el lector tiene que hacer un esfuerzo por acercarse al autor de su lectura, a su espacio y su contexto; es decir, la idea de que al leer un texto y al encontrarse con lenguas y nombres de lugares que no se conocen es necesario hacer una labor de investigación para

así aprehender todo lo que el producto literario tiene por ofrecer.¹⁰ En pocas palabras, el propósito es hacer trascender, por medio de la traducción, tanto el trabajo de MacLeod como la historia de la cultura gaélica y gaélico-canadiense. El camino hacia este propósito, con el trabajo que implicó y los resultados a los que se llegaron, se desarrollarán en los siguientes apartados.

5. Lineamientos y parámetros de la traducción: extranjerización, poesía y oralidad

El reto al traducir este cuento fue tanto cultural como lingüístico. En primer lugar, esto se observa por el título del cuento, desde donde MacLeod deja claro que existe una relación extremadamente estrecha con los acontecimientos históricos que determinaron el rumbo de Escocia durante los siglos XVIII y XIX. Y, en segundo lugar, se observa por las descripciones detalladas y auténticas de la región de Nueva Escocia, lugar donde se desarrolla el cuento y los oficios típicos de sus habitantes y que debían mantenerse fieles a la versión original.

De este modo, para preservar vivas las referencias a la cultura escocesa y gaélico-canadiense, así como para impulsar la idea ya mencionada sobre la cercanía que debe buscar el propio lector para aproximarse al texto que ha elegido leer, se optó por usar el método de extranjerización. Creemos que este fue el más útil pues su metodología coadyuva a invitar al lector a salir en busca del significado y origen de nombres de lugares, lenguas e incluso la historia de territorios que no se conocían antes de leer el texto; en breves términos, salir en busca de todo aquello que evidentemente es ajeno a su lengua y su cultura.

El camino a seguir se explica con claridad en las palabras de Lawrence Venuti halladas en *The Translators Invisibility*:

Foreignizing translation signifies the difference of the foreign text, yet only by disrupting the cultural codes that prevail in the target language. In its effort to do right abroad, this translation method must do wrong at home, deviating enough from native norms to stage an alien reading experience—choosing to translate a

¹⁰ En este caso nos basamos en lo dicho por Friedrich Schleiermacher en la conferencia ‘On the Different Methods of Translating’: “Either the translator leaves the author in peace, as much as possible, and moves the reader towards him; or he leaves the reader in peace, as much as possible, and moves the author towards him.” (apud Lawrence Venuti).

foreign text excluded by domestic literary canons, for instance, or using a marginal discourse to translate it.
(20)

Por supuesto, existe una conciencia sobre el hecho de que esta diferencia metodológica que explica Venuti también se relaciona con el hecho de la subjetividad presente en quien traduce, pues ésta demarca aquello que se considera o no se considera como “diferente” (20); no obstante, retomando las palabras de Julia Constantino: “[...] debe hablarse de un ‘abrazo’ necesario para la comunicación, para las relaciones interculturales, para la difusión de los textos, para que textos y culturas minoritarias o con menos poder logren ser conocidas y presentar ante el mundo lo que las hace diferentes” (20). Por ende, este trabajo y las decisiones de su traducción no sólo buscan marcar aquello considerado importante sobre las diferencias de la cultura gaélico-canadiense con respecto a nuestra cultura, sino también permitir que aquello demarcado como “ajeno” sea el conducto por el cual el lector de la traducción pueda ahondar en la otredad y permearse de una cultura disímil a la suya. Aunque Venuti se refiere específicamente a los problemas de la domesticación de traducciones al inglés, es válido reconocer que existe una relación de su teoría con lo que este trabajo y su traducción intentan demostrar que es precisamente cómo la traducción de un texto escrito en inglés, que habla de una cultura cuya lengua materna no es el inglés, puede servir para propiciar el acercamiento del lector de la traducción a un contexto diferente al de su cultura.

En nuestra traducción se ha decidido ofrecer al lector un contacto directo con una cultura diferente a la suya, primeramente, por medio de la inserción del nombre del desplazamiento masivo de escoceses en su lengua original (gaélico-escocés) como título del cuento y mediante la colocación de la traducción al español de éste entre paréntesis (tal y como el mismo autor presenta la traducción de los fragmentos en gaélico-escocés en el cuento) para así resaltar la importancia de la cultura gaélica. También se ha decidido emplear algunos términos que ya no se usan en México hoy en día con el propósito de hacer notar la antigüedad del gaélico, cuyo funcionamiento es distinto al del inglés o el español actuales. Otro aspecto importante que se ha decidido mantener es

el uso de oraciones largas con pocos signos de puntuación; esta técnica se sostiene en nuestra traducción debido a que MacLeod creía que era importante mantener un sentido de oralidad en sus cuentos y consideraba imperativo que el lector tuviera la sensación de escuchar un cuento en vez de leerlo (Baer, *A Lesson in the Art of Storytelling: An Interview with Alistair MacLeod*). Sumado a esto, se ha decidido conservar en la medida de lo posible la prosa poética con la que MacLeod construyó descripciones detalladas del paisaje escocés y canadiense con el fin de lograr un enfoque no sólo sobre la narración de la historia del protagonista, sino también sobre las sensaciones de éste y la importancia de transmitir estas sensaciones al lector de la traducción. Por último, pero no por ello menos importante, se prestó extrema atención al vocabulario tan específico que MacLeod usó para hablar de los diferentes oficios a los que se dedicaban sus personajes, ya que se considera que este vocabulario refleja lo importante que fue para el autor presentar la forma de vida o cotidianidad de los gaélico-canadienses.

5.1 Extranjerización

En primer lugar, ya entrados en materia, se hablará sobre el título del cuento y sobre la dificultad de su traducción. No existe un equivalente a “Clearances” en español. Esto se constata al consultar los libros que se ocupan de la historia de Escocia, donde se define *The Clearances* como “desplazamiento forzado” o “expulsiones masivas” y lo que, a nuestro parecer, representa una simplificación o generalización de un proceso mucho más complejo y significativo, pues “Clearances” no se refiere a cualquier desplazamiento forzado o expulsión masiva, sino específicamente a la de los gaélicos de Escocia. En consecuencia, se ha decidido, además de traducir “Clearances” como “Apartados”, añadir el nombre de este suceso histórico en gaélico-escocés, *Fuadach Nan Gaidheal*. Esto, con la meta de resaltar la importancia tanto del suceso histórico como de la lengua en sí para los escoceses expulsados de su tierra y los descendientes que se establecieron en Canadá, así como para alcanzar los siguientes efectos sobre el lector: primero, extrañeza por encontrarse desde el inicio del cuento con un título en una lengua completamente

ajena a la suya y, segundo, curiosidad por acercarse al contexto en el que se desarrolla el cuento que se está a punto de leer.

Ahora, la decisión mencionada de la palabra “Clearances” no fue nada sencilla puesto que se requería de un término que englobara tanto el significado del acontecimiento histórico (que implica el desplazamiento de un gran número de escoceses de su tierra natal) como la connotación del trabajo de tala que emprendieron los primeros habitantes de Nueva Escocia para despejar de árboles la tierra y así poder construir sus hogares. La palabra “apartados”, pudimos observar, engloba estos dos significados y es por eso que fue elegida como título del cuento.

El siguiente fragmento sirve para ilustrar mejor lo dicho anteriormente: “‘You are from Canada? You are from the Clearances?’ He uttered both statements in the form of questions and pronounced the word ‘Clearances’ as if it were a place instead of a matter of historical eviction” (MacLeod 419). En este caso, se tomó la decisión de quitar el verbo para dar a entender que la pregunta se refiere a aquellos migrantes apartados de su tierra y al mismo tiempo a las tierras apartadas de árboles. La traducción, entonces, quedó de la siguiente manera: “–¿Usted es de Canadá? ¿**de**¹¹ los Apartados? Profirió ambas afirmaciones en forma de pregunta y pronunció la palabra “Apartados” como si se tratara de un lugar en vez de una cuestión de expulsión histórica” (8).

Otro ejemplo que hace evidente la importancia de mantener el doble significado de *clearances* en la traducción al español es el siguiente:

"How would you plant crops amidst all the trees?" inquired his shy hosts.

"Oh, the trees had to be **cleared** first," he explained. "I guess beginning with my great-great-grandfather. They cut the trees and **cleared** the land of stones."

"After the war will you go back to these **cleared** lands?" they asked.

"Yes," he said, "I will go back if I get the chance." (420)

¹¹ Las negritas son nuestras.

En este fragmento, la doble connotación mencionada es de suma importancia ya que juega con las implicaciones tanto de la expulsión de los escoceses de sus tierras de origen como con el trabajo que tuvieron que hacer al llegar al nuevo mundo para hacer esa tierra habitable. Así pues, la traducción de este fragmento queda de la siguiente manera:

–¿Cómo sembraron los cultivos entre todos los árboles? –preguntaron sus tímidos anfitriones.

–Ah, tuvimos que apartar los árboles primero –explicó–, supongo que comenzó con mi tátara tátara abuelo. Cortaron los árboles y apartaron las piedras de la tierra.

–¿Después de la guerra volverás a esas apartadas tierras? –le preguntaron.

–Sí –les contestó–, volveré si tengo la oportunidad.

Hay que mencionar, además, que al traducir *cleared lands* como “tierras apartadas” se le da un giro más al significado de *clearances*, pues ya no únicamente se hace referencia a la migración de escoceses propiciada por la corona inglesa y a la limpieza de árboles en el nuevo continente, sino también a la lejanía del país de origen.

En segundo lugar (habiendo sido el tema del título y la voz *clearances* el primero) y considerando que en este cuento se entretreje la historia del pasado de Escocia con la de los herederos de su cultura en el nuevo continente, se ha decidido conservar en su idioma original los elementos característicos a los que el autor hace alusión a lo largo del cuento. Pongamos por caso dos de las referencias que pueden remitir al lector directamente a la historia de Nueva Escocia y de su cultura: *Coondon's Woollen Mill*¹² y *Anne of Green Gables*¹³, cuyos nombres no se han alterado de su lengua original bajo el propósito de extraer al lector de su zona de confort para hacerlo consciente de que “[...] literacy is not universal, [...] communication is complicated by cultural differences between and within linguistic communities[...]” y de que “[...] foreignizing is also an

¹² Este inmueble histórico albergaba varios molinos de lana y fue demolido en el 2010 (Stewart, “Condons Woolen Mills building demolished.”).

¹³ *Anne of Green Gables* es una novela muy famosa de la escritora Lucy Maud Montgomery y se destaca, entre otras cosas, por la descripción detallada del paisaje de Avonlea (en donde Anne, la protagonista, se refugia de sus problemas), pueblo ficticio creado por Montgomery e inspirado en el paisaje de su tierra natal: la Isla del Príncipe Eduardo.

attempt to recognize and allow those differences to shape cultural discourses in the target language” (Venuti 146).

En tercer lugar, hablaremos de los tratamientos de los fragmentos en gaélico-escocés dentro del cuento y de la traducción al inglés que acompaña a cada uno de ellos. Así, antes de entrar de lleno a la explicación de nuestras decisiones de traducción, conviene subrayar primeramente la hipótesis de que el mismo MacLeod incluyó el gaélico-escocés en “Clearances” para concientizar al lector del pasado de su cultura y para mostrarle cómo esta lengua sucumbió poco a poco ante una lengua dominante y poderosa: el inglés. De este modo, y siguiendo tal actitud, no se optó por domesticar el texto con una traducción al español fluida y actual, lo que implicaría ignorar que la estructura del gaélico-escocés es muy diferente a la del español; por el contrario, se empleó un uso gramatical del español que sirviera de reflejo a las lenguas originales. El siguiente fragmento es un ejemplo de lo antes mencionado:

"Greas ort (Hurry up)," he said to the dog, and then, "Dean suidhe (Sit down)." S'e thujhein a tha tapaidh (It is yourself that's smart)," he added as the dog sat beside him and looked with interest at the passing moors and mountains.

Sitting there in his Canadian uniform he was aware of his difference and his similarity. Quietly, he took from his pocket the scribbled addresses and bits of information. Haltingly he said to the shepherd *"Ciamar a tha sibh? (How are you?) Nach eil e latha breagha a th'ann? (Isn't it a nice day?)"*

Instantly the train coach fell silent and all eyes turned towards him. *"Glé mhath. S'e gu dearbh. Tha e blath agus grianach. (Very well. Yes, it's sunny and warm) [...]" (419)*

Como se puede observar, la traducción al inglés es gramaticalmente correcta, pero no simple: en lugar de usar un sujeto explícito y un pronombre tónico para enfatizar que el perro es quien recibe la acción del verbo (You are the smart one), MacLeod decidió usar un pronombre expletivo (it), un pronombre reflexivo (yourself) y una subordinada adjetiva (that's smart) para enfatizarlo. Así pues, al traducir esta oración al español fue importante conservar esta complejidad para así realzar el hecho de que la sintaxis del gaélico-escocés es mucho más compleja que la del inglés y, a su vez, que la sintaxis de esta lengua es muy diferente a la del español; con esto el lector de habla hispana se encontrará de nuevo fuera de esa zona de confort en donde reconoce las estructuras coloquiales

del español actual y mantendrá en mente cuán diferente es su lengua de aquella hablada en Escocia¹⁴.

Un proceso similar se siguió en las siguientes frases y oraciones donde, por medio del uso de una sintaxis y un vocabulario poco comunes o en desuso, se construyeron extranjerizaciones ajenas a la voz cotidiana actual del lector. Por supuesto, para lograr lo mencionado, no sólo fue importante tomar en cuenta la traducción que McLeod ofreció entre paréntesis, sino también la propia estructura de las oraciones en gaélico-escocés. El ejercicio derivado de esta preocupación consistió, entonces, en una búsqueda de cada una de las palabras de las siguientes oraciones en un diccionario gaélico-inglés: *Nach eil e latha breagha a th'ann?* y *Glé mhath. S'e gu dearbh. Tha e blath agus grianach.* Como resultado, se descubrió que esta lengua funciona de manera muy diferente al inglés y al español; someramente, se puede observar que en las oraciones en gaélico escocés se antepone el verbo al sujeto y el objeto queda al final.

Ahora, para hacer notar la diferencia entre el gaélico-escocés y el español, se decidió respetar en la medida de lo posible la cantidad de palabras de cada oración y la estructura del original. Dicho lo anterior, la traducción de este fragmento quedó de la siguiente manera:

–*Greas ort* (Apresúrate) –le dijo al perro, y luego– *Dean suidhe* (Asiéntate). *S'e thujhein a tha tapaidh* (Eres tú quien es listo) –añadió mientras el perro se sentaba a su lado y miraba pasar con interés los páramos y las montañas.

Sentado allí con su uniforme canadiense estaba consciente de su diferencia y su similitud. Sin hacer ruido, tomó de su bolsillo las direcciones garabateadas y los pedazos de información. Titubeante, le dijo al pastor:

–*Ciamar a tha sibh?* (¿Cómo está?) *Nach eil e latha breagha a th'ann?* (¿Acaso no hace un bonito día?).

Al instante el vagón del tren se quedó en silencio y todos los ojos viraron hacia él.

–*Glé mhath. S'e gu dearbh. Tha e blath agus grianach* (Muy bien. Sí lo es. Es un día soleado y templado) [...]"

¹⁴ A este punto, es interesante agregar que MacLeod de alguna forma también usó el método de extranjerización en esta frase al usar una sintaxis poco común a pesar de que en siguientes oraciones ya no aplicara este método.

Las decisiones listadas anteriormente y la ejecución propuesta buscaron contribuir a que la obra de MacLeod cumpliera, aun en lengua española, con el cometido de mantener viva la cultura gaélica y gaélico-canadiense. Por nuestra parte, creemos haber extendido el alcance de esta estrategia no sólo al conservar los fragmentos en gaélico-escocés, sino también, por ejemplo, al insertar el nombre del desplazamiento forzado de la comunidad gaélica a otro continente en su lengua original junto a nuestra traducción al español del título del cuento. Creemos que las decisiones de traducción mencionadas a lo largo de este apartado ayudarán a despertar en el lector el interés por la cultura escocesa y gaélico-canadiense.

5.2 Sonido y sentido: la prosa poética de Alistair MacLeod y la tradición oral

Consideremos ahora que uno de los rasgos característicos de la cultura gaélico-escocesa es su tradición oral, como bien lo indica Kevin James Grant en su ensayo *“And in Every Hamlet a Poet”*: *Gaelic Oral Tradition and Postmedieval Archaeology in Scotland*: “Oral tradition, be it in the form of story, song, or poetry, accompanied almost every aspect of Gaelic life, relieving the boredom of monotonous work, celebrating and remembering the deeds of historical and mythological characters, and passing the long winter nights” (31). Esta cuestión, sumada a la cita presente, se relaciona estrechamente con “Clearances” debido a que en este cuento MacLeod logra plasmar la importancia de la cultura de sus ancestros mediante el uso de un lenguaje poético; es decir, no sólo se enfoca en la narración de los hechos, sino también en los ritmos y sonidos asociados a éstos a través de la palabra y que MacLeod logró mediante el uso de oraciones largas sin muchos signos de puntuación. Dichos elementos son indicadores de la importancia que tenían la poesía y la tradición oral para el autor. Con el fin de comprender mejor lo antes mencionado, qué mejor que ilustrarlo con las propias palabras de MacLeod:

When I'm actually writing, I write a single sentence at a time, and then I read it aloud. It's like the old Perrine textbook, *Sound and Sense*. Like any writer of fiction, I need to give information, but I try to relay it in a creative and sound-conscious way. Prose needs to aspire to something more than declarative sentences. I

hesitate to say that it should express itself in a beautiful manner because that might seem pompous, but that's the general idea. (MacLeod en Baer 9)

Desde luego, este rasgo estilístico/literario fue elemental para nuestra traducción pues en ella se buscó conservar la sonoridad del lenguaje de la que habla MacLeod para así permitir que el lector de habla hispana se deje llevar no sólo por la historia de una cultura, sino también por las tradiciones y la poesía que se entrelazan con ella.

Para ilustrar lo mencionado sobre nuestro trabajo actual, pongamos por caso el siguiente fragmento de “Clearances”: “Beyond the train's windows the empty moors stretched to the base of the mist-shrouded mountains. The tumbling white-watered streams cascaded down the mountains' sides and a lonely eagle circled over the stone foundations of a vanished people.” (MacLeod 419). Este párrafo es particularmente complicado debido a que representa un cambio en el tono del narrador. Esto funciona como un parteaguas pues muestra un uso del lenguaje poético no usado previamente y con el que MacLeod transmite al lector tanto la experiencia del protagonista al viajar a la mística tierra de sus antepasados como la belleza que caracteriza a los paisajes escoceses.

Con el fin de provocar esta misma experiencia en nuestra traducción, se decidió mantener en la medida de lo posible las imágenes usadas por MacLeod. El caso del adjetivo compuesto *white-watered* es un excelente ejemplo: ya que para este no existe un equivalente en español, se decidió traducirlo como “aguas albas”. Así, fue posible mantener el referente de la espuma que se crea debido al movimiento de la corriente de un río. Del mismo modo, el verbo compuesto *cascaded down*, cuyo equivalente en español podría ser “bajaba en cascada”, se modificó hacia un vocabulario que enfatizara las aliteraciones presentes en el texto original (*train's, windows, moors, stretched, base, etc.*¹⁵); esto, no sólo para subrayar la importancia del sonido de las palabras, sino para propiciar que el lector pueda mirar con el ojo de su imaginación el paisaje que MacLeod describe con tanto detalle e incluso experimente las sensaciones de admirar el paisaje y de escuchar

¹⁵ Las negritas son nuestras.

los sonidos que forman parte de éste. La traducción de este fragmento quedó de la siguiente manera: “Más allá de las ventanas del tren, los yermos páramos se extendían hasta la base de las nebulosas montañas. Los vibrantes arroyos de aguas albas bajaban a caudales por las laderas de las montañas mientras un águila solitaria volaba en círculos sobre los cimientos de piedra de un pueblo ya desaparecido” (6).¹⁶ En este fragmento se intentó usar palabras que permitieran plasmar más que una simple descripción del paisaje, es decir, palabras que ayudaran a transmitir tanto su belleza como el sonido que lo acompaña; por ejemplo, usar “vibrantes” para traducir *tumbling* permitió la transmisión de un movimiento del agua y a su vez del sonido que lo acompaña.

Avanzando hacia los demás aspectos, MacLeod también usa un vocabulario muy puntual para hablar sobre los oficios de los habitantes de Nueva Escocia. Ejemplo de esto son los nombres de la materia prima obtenida de las ovejas que mantenían en los molinos de lana y la materia prima obtenida de los árboles que talaban los leñadores de la región; lo mismo que los nombres de las diferentes especies marinas que pescaban tanto el protagonista de “Clearances” como sus familiares. El siguiente ejemplo basta para ilustrar lo dicho con anterioridad:

He was torn between sympathy for the young clear-cutters, who were ambitious and attempting to make a living, and annoyance at their rapaciousness. They would option a parcel of land and cut everything in sight, taking the valuable logs and pulp and leaving a desolation of stumpage and slashed limbs and inferior wood behind. They worked rapidly with their heavy power equipment, sometimes leaving behind trenches the height of a man. They would pay owners such as himself a percentage of the cordage. (MacLeod 425)

Como se mencionó previamente, en este fragmento, MacLeod hace uso de un vocabulario muy específico por medio del cual describe la labor de los leñadores, oficio que nació desde el momento en que llegaron los primeros migrantes de Europa al Nuevo Continente. Específicamente, estos términos son los siguientes: *logs*, *pulp*, *cordage* y *stumpage*. Para traducirlos, fue necesario realizar una investigación tanto en sitios de internet como en diccionarios, pensando siempre en darle al lector la oportunidad de notar la importancia que MacLeod le dio al oficio que contribuyó en gran

¹⁶ Las negritas son nuestras.

medida al desarrollo de la cultura gaélica en el Nuevo Continente. Así pues, la traducción de este fragmento quedó de la siguiente manera:

Se debatía entre la lástima por los taladores, jóvenes ambiciosos que intentaban ganarse la vida y el enojo por su codicia. Ellos adquirirían los derechos de un lote de tierra y cortaban todo a la vista, tomando los **troncos** y la **pulpa** de valor, y dejaban atrás una desolación de **tocones** y extremidades quebradas y madera defectuosa. Trabajaban rápido con su maquinaria pesada y, a veces, dejaban atrás zanjas de la altura de un hombre. Les pagaban, a propietarios como él, un porcentaje del **vareaje**. (425)

Ahora, como se mencionó al principio de este apartado, otro rasgo del estilo de MacLeod es el uso de oraciones muy largas y sin muchos signos de puntuación. Esta técnica, en un sentido expositivo, puede considerarse como un ejemplo de la idea propia del autor de que la prosa “should express itself in a beautiful manner” debido a que la combinación de estos dos elementos, longitud de oraciones y falta de puntuación, crea la impresión en el lector de estar escuchando al narrador contar el cuento de viva voz. Vale mencionar que esto era particularmente importante para MacLeod pues al narrar le gustaba pensar que estaba contando una historia en vez de escribirla (Baer 3). Debido a esta cuestión, mantener las oraciones largas y complejas fue necesario en nuestra traducción para así mantener la idea de oralidad que el autor plasmó en sus cuentos. Veamos un ejemplo de lo mencionado en el siguiente fragmento:

With the coming of the VCR and the microwave and the computer and digital recording and so much more, both he and his wife felt that they were becoming the children and he sometimes recognized in his children's voices that adult tone of impatience that might have been his at an earlier time. (MacLeod 415)

Claramente, ésta es una oración larga y compleja debido a que el autor hace uso de la conjunción *and* en repetidas ocasiones y sólo usa una coma. De una manera interpretativa, puede suponerse que la estructura narrativa cumple con una acción de reflejo, pues es análoga a la aceleración con la que la vida del protagonista y de su esposa cambian con el advenimiento de nuevas tecnologías; pero no sólo eso pues, al mismo tiempo, si se lee en voz alta, la oración refleja la oralidad de la que se habló anteriormente, ya que la ausencia de las comas denota que debe leerse sin pausas. Fue de suma importancia conservar estas características en la traducción para enfatizar el cambio tan

brusco que el protagonista del cuento y su esposa experimentaron con el paso de los años. Como resultado, la traducción quedó de la siguiente forma:

Con la llegada de la videocasetera y el horno de microondas y la computadora y la grabación digital y mucho más, él y su esposa sintieron que se estaban convirtiendo en los niños y a veces reconocía en la voz de sus hijos el mismo tono de un adulto impaciente que pudo haber sido el suyo tiempo atrás. (3)

En conclusión, al conservar estas características del texto fuente, el lector de habla hispana también tendrá la oportunidad de experimentar la sensación de escuchar al narrador del cuento y percibir la velocidad con la que pasa el tiempo para estos dos personajes.

Conclusiones

“Clearances” fue el primer encuentro que tuve con el trabajo de Alistair MacLeod y, desde el momento en que lo leí, supe que era lo que quería traducir. En este texto vi la oportunidad de demostrar la importancia de la traducción para el desarrollo e incluso supervivencia de una cultura, en específico de la cultura gaélico-escocesa y gaélico-canadiense. Para entender cómo es que la traducción puede contribuir a tal propósito, creo necesario pensar en primer lugar en los lectores de habla inglesa. Ya que, al leer “Clearances” en inglés, seguramente muchos de estos lectores se encontrarán con referencias históricas, lingüísticas y culturales de las que tal vez no tengan conocimiento previo, es natural que pueda existir una curiosidad por investigar más sobre esos temas para así comprender mejor el texto. Ahora bien, aquí se resalta la importancia de tomar esto en cuenta al momento de traducir “Clearances”, pues me di cuenta de que para hacerlo tenía que encontrar la manera de despertar en el lector de habla hispana esa misma curiosidad de conocer más sobre la cultura gaélico-escocesa y gaélico-canadiense. Por esta razón, asumí la noción de que al traducir este cuento no podía sólo considerar los cuestionamientos de si era correcto o no traducir palabra por palabra o sentido por sentido, sino también la posición de Alistair MacLeod como autor y como sujeto que nació y creció en una comunidad gaélico-canadiense. Esto es pertinente ya que en la traducción existe

[...] un potencial para la interacción que, a su vez, obliga a reconocer al otro y la otra; es decir, la necesidad y posibilidad de traducir de una lengua y cultura a otra lengua y cultura, por un lado me permite dar expresión y existencia a sujetos, entornos, experiencias y temas, y también me permite reorganizar mi relación con la Otredad al tener que describirla y asignarle un lugar en el lenguaje y en mi narrativa social y personal. El mero hecho de que algo sea traducido... puede, idealmente, permitir que se reconozca el valor de su Otredad.

(Cronin en Constantino 26)

Creo que la importancia de este texto radica en la conciencia del pasado que pretende despertar en el lector, una conciencia que, gracias a la traducción, puede ser transmitida a otras culturas que han vivido y siguen viviendo un proceso similar. Conservar el texto en gaélico, los nombres de las regiones en las que se desarrolla el relato y los demás elementos mencionados a lo largo de este trabajo harán consciente al lector de que lo que está leyendo es una traducción y contribuirán a que éste se acerque al autor del original y a la historia de una cultura diferente a la suya. Además de esta intención, también busco hacer que el texto original trascienda, de tal forma que la cultura gaélica viva no sólo en el imaginario de los lectores de habla inglesa o galesa, sino también en el de todas aquellas personas de habla hispana que estén interesadas en expandir sus horizontes por medio de la traducción.

Fuadach Nan Gaidheal

(Apartados)



Temprano por la mañana, el perro lo despertó al jalar el cobertor de lana de *Condon* que cubría su cama. El cobertor era ahora de un color amarillento, aunque alguna vez, pensó, debió ser blanco. Estaba hecho con la lana de las ovejas que él y su esposa criaban, y ahora tenía más de medio siglo. Cuando trasquilaban las ovejas en primavera, apartaban algunos de los mejores mechones y los enviaban al *Condon's Woollen Mill* en *Charlottetown* y después de algunos meses llegaba, de forma casi milagrosa, el paquete con los cobertores. En el borde, cada uno tenía una etiqueta en la que se leía *William Condon and Sons, Charlottetown, Prince Edward Island* y el lema de la fábrica en latín: *Clementia in Potentia*.

Una vez, cuando ya eran más viejos, su hijo John y su esposa los llevaron de paseo a *Prince Edward Island*. Era julio, salieron de *Cape Breton* un viernes y volvieron el domingo por la tarde. Esto pasó antes del furor por *Anne of Green Gables* y realmente no sabían qué visitar en esa isla, así que el sábado por la mañana fueron a *Condon's Woollen Mill*, ya que era el nombre que les parecía más familiar. Y allí estaba. Recordó que se habían puesto sus mejores prendas, aunque no sabían por qué, y que él se había puesto el sombrero sobre una rodilla por la transpiración que se acumuló en la banda de éste y en su frente. No se bajaron del auto, sólo miraron la fábrica de lana a través de la bruma del calor de julio. Tal vez esperaban ver al señor *Condon* o a uno de sus hijos convirtiendo afanosamente la lana en cobertores, pero no vieron nada. Después su esposa habría de contarles a sus amigos:

–Visitamos *Condon's Woollen Mill*, en *Prince Edward Island* –decía, como si hubieran visitado un santuario religioso o un monumento histórico importante, y pensó que tal vez ella tenía razón.

Algunas veces en los albores de su apasionado amor, se quitaban el cobertor de encima de los hombros y lo echaban hacia el pie de la cama, o algunas veces aterrizaba en el piso. Después,

cuando su apasionamiento se calmaba, lo jalaba y lo acomodaba sobre los hombros de ella y los suyos. Su esposa siempre dormía del lado de la cama junto a la pared, mientras que él dormía del otro lado de forma protectora. Él siempre era el último en acostarse y el primero en levantarse. Era el patrón de sueño de sus padres y sus abuelos.

El cobertor los cubría cuando su esposa murió; murió en silencio y sin sobresalto. Había hablado con ella durante un rato en la oscuridad de la madrugada. Él traía su pesada ropa interior de lana de *Stanfield* y ella su camisón de invierno, y la cama estaba tibia por su calor mutuo. Al principio pensó que estaba jugándole una broma al rehusarse a contestar o que todavía estaba dormida, pero en un momento de completa claridad reconoció la ausencia regular de su respiración y tendió su mano, en la oscuridad del invierno, hacia el callado rostro de ella. Estaba fresco al contacto por estar expuesto al aire invernal, pero cuando tomó su mano, que yacía bajo las sábanas, todavía estaba tibia y parecía cerrarse alrededor de la suya. Se levantó y tratando de no sobresaltarse, llamó a sus hijos casados que vivían cerca. Al principio se mostraron escépticos en su adormecimiento matutino y le preguntaron si estaba seguro. ¿Quizás sólo dormía más profundamente de lo normal? Notó la blancura de sus nudillos al sujetar la bocina del teléfono con mucha fuerza, tratando de controlar no sólo al receptor, sino a toda esa aterradora situación. Trataba de controlar la voz y mantenerse calmado entregando un mensaje que no quería dar y que ellos no querían recibir. Finalmente, parecieron convencidos, pero entonces notó cómo aumentaba el pánico en sus voces mientras él trataba de controlarlo en la suya. Se encontró tratando de recobrar el tono tranquilizador de un papá joven, hablándole a sus hijos casados, de edad adulta, tal y como lo habría hecho treinta o cuarenta años atrás ante una catástrofe infantil. Con la llegada de la videocasetera y el horno de microondas y la computadora y la grabación digital y mucho más, él y su esposa sintieron que se estaban convirtiendo en los niños y a veces reconocía en la voz de sus hijos el mismo tono de adulto impaciente que pudo haber sido el suyo tiempo atrás. A veces pensaba que ese tono rayaba en la condescendencia. Pero ahora los papeles se habían invertido una vez más:

–Tendremos que hacer lo mejor posible –se oyó decir–. Llamaré a la ambulancia y al doctor y al clérigo. Todavía es temprano y la mayor parte del mundo aún no despierta. Contactaremos a las autoridades antes de hacer cualquier llamada de larga distancia. No, no hay razón para venir ahora mismo. Estaré bien por un rato.

Regresó a la cama y le cubrió la cara con el cobertor de lana de *Condon*, pero antes de eso, apoyó su mejilla sobre lo que él consideraba el latido acallado de su corazón.

El verano pasado, el doctor le había recetado a ella una variedad de pastillas de colores que le habían causado mareos, somnolencia y una variedad de erupciones en la piel.

–Quería sentirme mejor, no peor –le dijo.

Un día de verano ella abrió la puerta de malla y arrojó todas las pastillas al jardín. La bandada de gallinas, que siempre respondían cuando las sobras de comida volaban desde la puerta, corrió hacia el botín. Más tarde, cinco de las gallinas más agresivas aparecieron muertas.

–Si eso le hicieron a las gallinas –dijo ella–, ¿qué me habrían hecho a mí?

Él había accedido, aunque a regañadientes, a unirse a su pacto secreto.

–A los niños no se les cuenta todo –dijo–. Ya lo sabes.

Ya habían pasado diez años, y por supuesto, no pensaba en todo esto mientras el perro jalaba el cobertor. Sin embargo, lo haría más tarde, como había hecho todos los días desde que ella murió.

Él seguía viviendo en la casa que su abuelo construyó. Era una casa grande de madera diseñada como las demás de esa época. Siempre pareció espléndida por fuera pero el interior, en particular la planta alta, había permanecido sin terminar por años. Había sido el proyecto de su esposa y él “terminarla” a lo largo de las décadas de su matrimonio. Habían trabajado para convertir la extensa planta alta en cuartos individuales, repellando uno y tapizando otro cuando había dinero. Para cuando terminaron los cuartos de la planta alta, los niños para quienes eran los cuartos ya habían comenzado a irse de casa; sus hijas mayores fueron las primeras en partir, como sus tías, a

Boston o Toronto. Ahora sólo quedaban su perro y él, y cuando visitaba estos cuartos le parecían un museo que él había contribuido en crear.

Cuando era niño, en la amplia planta alta sólo había un cuarto con una puerta, en donde dormía su abuelo. El resto había sido toscamente seccionado en el lado de las niñas y un lado más pequeño para los varones, pues él era el único varón. Las secciones estaban separadas con una serie de cobertores desgastados, colgados en alambres. Sus padres dormían abajo, en el cuarto que él ocupaba ahora.

Como era el único varón, tenía que ir en el bote para pescar con su padre, cuando tenía diez u once años. Su abuelo iba con ellos, sentado en un balde de carnada puesto boca abajo, masticando y escupiendo tabaco y levantándose con frecuencia para intentar orinar por la banda del bote. Ahora comprendía que el viejo, probablemente tenía un problema de próstata, pero nunca en su vida había ido al doctor. Su abuelo siempre parecía entender el clima y las mareas y en dónde encontrar peces, como si trabajara con un radar privado. Pescaban langosta y bacalao y arenque y merluza. En el verano usaban la red para salmón que les había sido heredada.

Casi todo en su vida era en gaélico, como lo había sido para las generaciones anteriores durante más de cien años, sin embargo, en los años entre las dos guerras mundiales se dieron cuenta de que, cuando vendían su ganado u ovejas o lo que pescaban, estaban en desventaja por la lengua. Recordaba la cara de su abuelo sonrojarse bajo sus bigotes blancos mientras intentaba negociar con los compradores que hablaban inglés. Enviando palabras en gaélico y recibiendo palabras en inglés y la mayoría caía en alguna parte del valle de la incompreensión que se abría entre ellos. Al otro lado del río, los acadios que hablaban francés pasaban por lo mismo, al igual que los *Mi'kmaq* del este. Todos ellos atrapados en las hermosas prisiones de las lenguas que amaban.

–Tendremos que mejorar –decía su abuelo con exasperación–, tendremos que aprender inglés. Tendremos que ir hacia adelante.

Él mismo se había enlistado en la Segunda Guerra Mundial para escapar de lo que parecía pobreza y, tal vez, también en busca de aventura. De lo segundo encontró demasiado y prometió y rezó en las trincheras de los jóvenes moribundos que, si se salvaba, regresaría a casa para nunca dejarla de nuevo. Rezó en gaélico, mirando a través de las llamas de las trincheras alemanas. Rezó en gaélico porque le era instintivamente natural y porque sentía que podía darse a entender mejor a Dios en su primera lengua. Parecía que sus plegarias habían sido respondidas y en los años siguientes fue capaz de reprimir los recuerdos más espantosos, eligiendo recordar sólo aquella notable semana de descanso.

Esa semana estaba de licencia en Londres y, armado con pedazos de papel con nombres de lugares y direcciones, tomó el tren a Glasgow. De Glasgow tomó otro tren y luego otro. Conforme cambiaba de tren y viajaba más al norte y al oeste, se hacía consciente de los suaves sonidos del gaélico que lo rodeaban. Al principio le sorprendió escuchar esa lengua sólo como lo que parecían murmullos subliminales, pero conforme el tren se detenía y salía de las pequeñas estaciones rurales, la población de habla gaélica comenzó a incrementarse y la suave lengua a predominar. En una estación un pastor se subió con su perro.

–*Greas ort* (Apresúrate) –le dijo al perro, y luego– *Dean suidhe* (Asiéntate). *S'e thujhein a tha tapaidh* (Eres tú quien es listo) –añadió mientras el perro se sentaba a su lado y miraba pasar con interés los páramos y las montañas.

Sentado allí con su uniforme canadiense estaba consciente de su diferencia y su similitud. Sin hacer ruido, tomó de su bolsillo las direcciones garabateadas y los pedazos de información. Titubeante, le dijo al pastor:

–*Ciamar a tha sibh?* (¿Cómo está?) *Nach eil e latha breagha a th'ann?* (¿Acaso no hace un bonito día?).

Al instante el vagón del tren se quedó en silencio y todos los ojos viraron hacia él.

–Glé *mhath. S’e gu dearbh. Tha e blath agus grianach* (Muy bien. Sí lo es. Es un día soleado y templado) –dijo el pastor, y luego mirando su insignia le dijo en un inglés modesto:

–¿Usted es de Canadá? ¿de los Apartados?

Profirió ambas afirmaciones en forma de pregunta y pronunció la palabra “Apartados” como si se tratara de un lugar en vez de una cuestión de expulsión histórica.

–Sí –contestó–, eso creo.

Más allá de las ventanas del tren, los yermos páramos se extendían hasta la base de las nebulosas montañas. Los vibrantes arroyos de aguas albas bajaban a caudales por las laderas de las montañas mientras un águila solitaria volaba en círculos sobre los cimientos de piedra de un pueblo ya desaparecido.

–Tiene mucho tiempo –le dijo al pastor– desde que nos fuimos a Canadá.

–Afortunado, probablemente –dijo el pastor–, ya no hay mucho por aquí, ya no más.

Se quedaron callados por un rato. Cada uno de ellos solo con sus propios pensamientos.

–Pero, cuéntame –dijo el pastor–, ¿en Canadá es posible poseer y conservar tu tierra?

–Sí –dijo–, es posible.

–Imagínate –contestó el pastor. Era un hombre mayor que le recordaba a su padre.

El resto de la semana trató de hacerlo todo. Con la ayuda de la información en los pedazos de papel y sus recién encontrados amigos y amigos de amigos, viajó en bote a los lagos tierra adentro y a través de los estrechos hacia las islas lejos de la costa, las cuales encontró habitadas, en su mayoría, por el viento y por lloronas aves de mar. Encontró lápidas en ruinas, algunas con su apellido, debajo de los helechos enanos. Donde había habitado gente durante cientos y miles de años, ahora sólo se extendía un vacío despoblado de extensos terrenos con sus colinas cubiertas de ovejas o las islas que se habían convertido en santuarios de aves o campos de tiro para la gente acaudalada. Se vio a sí mismo como el descendiente de víctimas de la historia y los cambiantes tiempos económicos, traicionado, tal vez, por la política al igual que por la pobreza.

Por las noches y en torno a la hospitalaria botella de whisky, trataba de explicar el paisaje de *Cape Breton*.

–¿Cómo sembraron los cultivos entre tantos árboles? –preguntaron sus tímidos anfitriones.

–Ah, tuvimos que apartar los árboles primero –explicó–, supongo que comenzó con mi tátara tátara abuelo. Cortaron los árboles y apartaron las piedras de la tierra.

–¿Después de la guerra volverás a esas apartadas tierras? –le preguntaron.

–Sí –les contestó–, volveré si tengo la oportunidad.

Por las tardes y por las noches miraba a través del océano del este, más allá de *Ardnamurchan*, y trataba de visualizar *Cape Breton* y a su familia en sus labores.

–Después de que muchos se apartaron de aquí –dijo su amigo el pastor–, no quedó mucha gente. La mayoría se fue a Canadá o Estados Unidos o Australia. La mayoría de nuestros jóvenes están ahora en la guerra o en Glasgow, algunos en el sur de Inglaterra, pero yo sigo aquí –añadió mientras pasaba un tallo de brezo entre sus dedos–, trabajando para una granja y cuidando ovejas que no son mías, pero el perro es mío.

Ya avanzada la tarde de su último día, se detuvo con el pastor y su perro siempre alerta a observar las ovejas que pastoreaban a lo lejos.

Le había encantado ese bonito perro y sus congéneres, admiraba su inteligencia altamente desarrollada y su anhelo por complacer.

–Te enseñaré cómo criarlos –dijo el pastor–. Ellos se quedarán contigo hasta el final.

Después de la guerra regresó con la determinada gratitud de aquellos que han sobrevivido. Con la ayuda de su padre apartó los árboles de otro pedazo de tierra más que se extendía hasta el borde del mar. Invirtieron en ganado y ovejas de mejor calidad. Su amigo, el pastor, le envió una guía detallada para la crianza de *border collies*. Mandó traer cachorros y conforme crecían, se esforzaba por mantenerlos en corrales durante la época de apareamiento para que conservaran su singularidad. Su esposa compartía sus entusiasmos y nunca se quejaba, ni siquiera cuando de recién

casados se mudaron a la casa de su padre. Su padre, ya viudo, respetaba su privacidad, les dio la habitación que él alguna vez compartió con su esposa y se marchó al cuarto de la planta alta, mismo que su propio padre había ocupado cuando viejo.

–Las cosas mejorarán –dijo su padre–, vamos hacia adelante. Tal vez el siguiente año compremos un bote más grande.

Algunas veces, por las tardes, miraba a través del océano imaginando que podía ver *Ardnamurchan* y más allá. Algunas otras, trataba de explicarles el paisaje de las *Highlands* a su padre y esposa, aunque, sin mencionar sus experiencias en las trincheras.

En este día, cuando se levantó de su cama, miró por la ventana los techos de las casas que él había ayudado a construir para sus dos hijos en aquello que parecía otra vida. Él sólo les había dado la tierra y no se había preocupado por escriturar el terreno para decidir si su propiedad terminaba en algún punto o en dónde empezaba la de ellos. Todos ellos se habían entusiasmado con el matrimonio de los varones más jóvenes; todos ellos interesados en “ir hacia adelante” y hacer lo mejor posible. Él no había pensado en límites o fronteras hasta la muerte de su segundo hijo, ocho años atrás. Su fuerte y atlético hijo que se rompió el cuello al caer de su techo tratando de limpiar la chimenea. Parecía tan extraño e inesperado ya que él, al igual que muchos padres, no esperaba sobrevivir a sus hijos. No había testamento ni título de propiedad de la casa del fallecido, ya que ninguno de ellos había pensado originalmente que tal documentación fuera importante. En un arranque de culpa intempestivo tramitó las escrituras para que su nuera pudiera tener el título de propiedad de la casa y de un lote de tierra a su alrededor. Él no había anticipado la muerte de su hijo, tampoco había anticipado que su nuera se enamoraría de alguien más y se mudaría a Halifax, tras vender su propiedad a una hosca pareja veraniega que levantó una cerca de dos metros y tenía un *pit bull* malhumorado que se movía incansablemente atrás de ella. No había estado en la casa que ayudó a construir desde que se traspasó la propiedad.

Dirigió la mirada hacia la casa de su hijo John y sintió ganas de llamarlo y pedirle que fuera de visita, pero sintió que era muy temprano y que el joven hombre, tal vez, necesitaba quedarse en cama. Sentía mucha compasión por John, a quien veía ahora como un agobiado hombre de mediana edad. Él le había ayudado a financiar un bote grande para ser competitivos, pero las cuotas de pesca habían cambiado y ahora el bote yacía inmóvil, inútil e invendible. Durante las dos temporadas pasadas, John había estado en *Leamington*, Ontario, pescando con los pescadores portugueses que alguna vez conoció frente a la costa de Terranova; pescando lucio y róbalo, y perca y eperlano en *Lake Erie*; durmiendo en un cuarto pequeño en la calle *Erie* con un sofá cama y una parrilla eléctrica. Las gaviotas chirriantes también seguían los botes del *Lake Erie*, decía John, pero eran de otra especie.

Sentía lástima por John y su familia al ver cómo sus hijos mayores, pensaba él, se volvían más indisciplinados y su madre parecía más reservada y extenuada. Trataba de involucrarse sin entrometerse, consciente de que un suegro no es un esposo. John estaba en casa para celebrar el cumpleaños de su esposa, después de haber manejado 1,500 millas sin detenerse para dormir.

Le habló al perro en gaélico mientras se vestía: *S'e thu fhein a tha tapaidh* (Eres tú quien es listo). Él siempre le había hablado al perro y a sus predecesores en gaélico, con la idea de que así mantenía, de alguna forma, una conexión con su pasado ancestral y el de su perro. Sabía que a la gente le hacía gracia y le impresionaba su “perro bilingüe”, como insistían en llamarle. Ahora miraba el entusiasmo del perro y sentía una punzada de remordimiento por el potencial desperdiciado que representaba el perro. Sintió que el perro era, de alguna forma, como el costoso bote en desuso de John, excepto que él estaba vigorosa e intensamente vivo. Sintió que de alguna forma le había negado su herencia al no tener ovejas o algún tipo de ganado, salvo por unas cuantas gallinas.

Muchas de las granjas vecinas ya no tenían cercas, y mantener ganado se había vuelto casi imposible. Algunas veces el perro se ponía en posición de pastoreo detrás de las enfadadas gallinas

o incluso de los nietos más pequeños, estimulado por aquello que nació para hacer. También estaba consciente de la frustración sexual del perro, consciente de que estaba impaciente por reproducirse, impaciente por pastorear, impaciente por complacer, siempre mirándolo con sus esperanzados ojos cafés, buscando orientación constantemente. Algunas veces el perro lo acompañaba en el asiento del copiloto de su camioneta, miraba el paisaje pasar por la ventana y su emoción aumentaba si veía ganado en las colinas lejanas.

El perro había estado con él cuando se echó de reversa en el estacionamiento de la tienda cooperativa y golpeó la defensa de un auto que se acercaba. Mientras evaluaban los daños alcanzó a escuchar a alguien decir:

–Es muy viejo para manejar. Siempre está preocupado. El perro sería mejor conductor.

Había tomado un examen de manejo y lo pasó con honores.

–Desearía tener sus reflejos –le dijo el instructor.

Él y el perro apenas habían salido a la soleada mañana cuando una camioneta entró al jardín. Aunque se sorprendió por un momento, pronto reconoció al joven conductor, uno de tantos taladores que añoraban los abetos que gradualmente habían reclamado el prado que había apartado de ellos en su juventud. Se debatía entre la lástima por los taladores, jóvenes ambiciosos que intentaban ganarse la vida, y el enojo por su codicia. Ellos adquirirían los derechos de un lote de tierra y cortaban todo a la vista, tomando los troncos y la pulpa de valor y dejaban atrás una desolación de tocones y extremidades quebradas y madera defectuosa. Trabajaban rápido con su maquinaria pesada y, a veces, dejaban atrás zanjas de la altura de un hombre. Les pagaban, a propietarios como él, un porcentaje del vareaje.

El joven se identificó con un patronímico gaélico:

–Soy tu primo –añadió amablemente.

Le molestó su descaro, y recordó que tenía la reputación de dejar un desastre atrás y de no ser honesto con los pagos del vareaje.

–Puedo talar su madera –le dijo–. Sería bueno para usted y bueno para mí. Podría hacerlo antes de que los turistas se queden con todo.

Los turistas eran un tema delicado para algunas personas. Habían comenzado a inundar lo que veían como un área recreativa de primera, maravillados por el agua inmaculada y el aire puro. Muchos de ellos eran del área de Nueva Inglaterra y un número cada vez mayor de Europa. Dormían hasta tarde y a menudo se quejaban del chillido de las sierras de los taladores. En verano, los taladores a menudo comenzaban a trabajar a las cuatro de la mañana para evitar el calor extremo del verano. Algunos de los turistas habían tomado fotografías de la destrucción que los taladores dejaban atrás y hacían que las publicaran en revistas ambientales.

–Sólo estoy tratando de ganarme la vida –le dijo el joven–. Esto no es mi área de recreación. Esto es mi hogar. También es el tuyo.

Sintió una oleada de compasión por el joven al reconocer en su discurso ecos que le eran familiares.

–¿Qué dice? –continuó su visitante–. Pronto los turistas y el gobierno lo tendrán todo. Mire lo que pasó con la pesca. Mire sus redes para salmón. Mire el Parque que está al norte. Todos viviremos en una zona silvestre antes de darnos cuenta.

Le sorprendió que el joven supiera de sus redes para salmón. Por generaciones habían instalado las delicadas y hermosas redes que habían sido una promesa para sus hijos. Habían pescado con la amenaza de que el gobierno eliminara tales costumbres, ya que se pensaba que era más benéfico que este salmón llegara a los ríos tierra adentro para favorecer a los pescadores de caña en el verano. Con el tiempo, los rumores resultaron ser ciertos.

También se estremeció al pensar en “el Parque”. Localizado más al norte, parecía viajar al lento paso de un glaciar, reclamando más y más terreno para usarse como ruta de excursionismo y como áreas silvestres, mientras que las familias a su paso se preocupaban por las órdenes de desalojo.

–Personas como tú y yo –dijo el joven– no pueden competir con el Gobierno ni con los turistas.

–Lo pensaré –le dijo, tratando de ser educado a pesar de sentirse cada vez más frustrado.

–Piénsalo todo lo que quieras –dijo el joven–. Pensarlo no cambia los hechos. Te doy mi tarjeta –le dijo, ofreciéndole un rectángulo blanco que sacó del bolsillo de su camisa.

–Olvida la tarjeta –le dijo–, sé dónde encontrarte.

La camioneta se marchó entre lo que parecía una granizada de pequeñas rocas.

Quería decirle algo como:

–A tu edad yo estaba en las trincheras –pero sonaba como algo que diría un viejo, y, tal vez, no sería de mucha importancia.

Seguía ensimismado mirando al suelo cuando notó que John se acercaba. Había caminado sin hacer ruido por el terreno que separaba sus casas.

–Hola –dijo sobresaltado cuando John apareció repentinamente frente a él–. Quiere comprar la madera –añadió para explicar la presencia de aquel visitante.

–Sí –contestó su hijo–, reconocí la camioneta.

Se quedaron en silencio por un rato, moviendo con sus zapatos los guijarros del camino, incómodos con sus pensamientos privados y compartidos al punto en el que casi sintieron alivio cuando un flamante auto nuevo se acercó rápida pero silenciosamente por el camino. Los dos reconocieron al agente de bienes raíces de vestimenta casual, pero no conocían a la pareja de atuendo formal que venía en el asiento trasero.

–Hola –dijo el agente mientras se bajaba del auto y extendió la mano en lo que parecía un solo movimiento–. Estas personas buscan un terreno frente al océano –les dijo–. Hemos manejado sesenta kilómetros y no hemos visto nada que les guste tanto como el suyo. Son de Alemania –dijo, bajando la voz–, pero hablan perfectamente inglés.

–Ah, no está a la venta –se escuchó decir.

–No debería decir eso hasta saber lo que están dispuestos a pagar –le contestó el agente–.

Dicen que no hay terrenos así a la venta en Europa.

Se sintió sorprendido por segunda vez siendo a penas el inicio de esa mañana. Sabía que el agente trabajaba por comisión, pero no estaba seguro de por qué eso le molestaba.

La pareja alemana se bajó del auto. Estrecharon manos muy formalmente.

–Bonito día –dijo el hombre, mientras su esposa sonreía amablemente–. Muy bonito terreno –continuó–. ¿Llega hasta el océano?

–Si –contestó él–, llega hasta el océano.

La pareja se sonrió y luego se alejaron algunos metros y comenzaron a hablar en alemán.

John le tocó el hombro y le hizo una seña para que se acercara. Ellos, a su vez, se alejaron algunas yardas, y le tomó unos segundos darse cuenta de que John le hablaba en gaélico.

–Podrías preguntarles si quieren la madera –dijo John–. Si decidieras vender, tal vez podrías vender primero la madera y el terreno después.

Estaba sorprendido por lo que parecía una traición familiar. Siguieron hablando incómodamente en gaélico mientras, a pocos metros, la pareja continuaba hablando en alemán. El agente de bienes raíces se paró apáticamente entre ellos, mientras el sol de julio contribuía a que apareciera sudor en su frente. Parecía algo irritado por ser desterrado a lo que parecía un estado de soledad monolingüe.

–Pregúntales si están interesados en la madera –dijo John en inglés al agente de bienes raíces mientras se acercaba él. Le explicó este asunto en voz baja y el agente de bienes raíces le hizo llegar la información a la pareja, quienes se hablaban entusiasmadamente en alemán.

El agente de bienes raíces regresó, al parecer sorprendido por jugar el papel de intérprete negociador.

–No les interesa la madera –dijo–. Dicen que sólo bloquea la vista del océano. Pueden hacer lo que quieran con ella. No tomarán posesión hasta la siguiente primavera y hasta entonces, pueden hacer lo que quieran con ella. Les harán una muy buena oferta.

El caballero alemán se acercó y les sonrió.

–Muy bonito terreno –repitió y luego añadió–. No hay mucha gente por aquí.

–No –se escuchó a sí mismo decir–, ya no. Muchos de ellos se fueron a Estados Unidos. De los jóvenes, muchos se fueron a Halifax o al sur de Ontario.

–Ah, sí –dijo el hombre–. Bonito y silencioso.

Se dio cuenta de la presencia de John junto a él.

–Tendré que pensarlo –dijo.

–Claro –contestó el agente de bienes raíces y le dio su tarjeta–, pero entre más pronto mejor.

Los alemanes sonrieron y estrecharon su mano.

–Muy bonita tierra –repitió el hombre–, esperamos saber de usted pronto.

Se subieron al auto y se despidieron mientras partían.

–No te estoy diciendo qué hacer –le dijo John–, pero también he pasado casi toda mi vida aquí. Siempre dijiste, “Tenemos que ir hacia adelante” y “Las cosas mejorarán”. Tal vez, si esto funcionara, podría quedarme aquí con mi esposa y mis hijos por un tiempo. Se quedó indeciso por un momento, incómodo en la presencia de su padre–. Bueno, me tengo que ir. Adiós. *Sin e ged tha* (Las cosas acaecen así).

–Sí –le contestó–, adiós. *Sin e ged tha*.

–Será un día caluroso –se dijo a sí mismo–, tan caluroso como ese día en que visitamos *Condon's Wollen Mill*. Y entonces recordó que *Condon's Wollen Mill* ya no existía.

El perro y él caminaron hacia su pequeño cobertizo de pesca. Abrió la puerta y bajó las hermosas redes para salmón del gancho en donde estaban colgadas. Frotó las boyas de corcho entre sus dedos, pero se desmoronaron al tocarlas. Salió y cerró la puerta. Miró el terreno que su tátara

tátara abuelo había apartado de árboles y el campo al que él le había hecho lo mismo. Los abetos estaban allí, fueron apartados y ahora estaban de vuelta. Pensó que iban y venían como la marea, aunque sabía que su analogía era incorrecta. Miró hacia el mar; en algún lugar allá afuera, millas más allá de lo que alcanzaba a ver, imaginó la punta de *Ardnamurchan* y la tierra que yacía más allá. Estaba en el borde de un continente, pensó, mirando hacia el borde invisible de otro. Se vio a sí mismo como un hombre en un documental histórico, probablemente, pensó, filmado en blanco y negro.

Sintió que el perro junto a él se ponía cada vez más tenso y emitía un gruñido grave. Se dio la vuelta para mirar al pitbull de sus vecinos avanzar hacia ellos. La enorme bestia usaba un collar cubierto con estoperoles puntiagudos y se movía dando zancadas muy calculadas y obstinadas. Sus enormes mandíbulas estaban firmemente apretadas e hilos de saliva colgaban, como cortinas de cuentas, de su hinchado hocico púrpura.

Miró a su perro y vio cómo el pelo blanco y negro de su cuello se erizaba decididamente.

–Los dos estamos en desventaja –pensó, pero se escuchó decir suavemente en gaélico: –*S'e thu fhein a tha tapaidh* (Eres tú quien es listo).

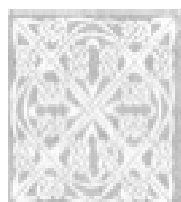
Volteó hacia arriba para ver el sol. Había alcanzado su cenit y estaba por descender. Bajó la mirada hacia su perro que temblaba junto a él:

–Ninguno de los dos nació para esto –pensó y luego desde lejos, a través del océano y a través de los años, escuchó la voz de su amigo el pastor. Bajó su mano derecha hasta que la punta de sus dedos tocó el pelo erizado del cuello del perro, un pequeño gesto para darse valor mutuo. Luego los dos dieron un paso adelante al mismo tiempo y mientras el sonido del bombeo de su sangre le retumbaba en los oídos, escuchó esa voz una vez más:

–Se quedarán contigo hasta el final.

CLEARANCES

(1 9 9 9)



In the early morning he was awakened by the dog's pulling at the Condon's woollen blanket, which was the top covering upon his bed. The blanket was now a sort of yellow-beige although at one time, he thought, it must have been white. The blanket was made from the wool of the sheep he and his wife used to keep and it was now over half a century old. When they used to shear the sheep in the spring they would set aside some of the best fleeces and send them to Condon's Woollen Mill in Charlottetown; and after some months, it seemed miraculously, the box of blankets would arrive. In the corner of each blanket would be a label which read, "William Condon and Sons, Charlottetown, Prince Edward Island," and the Condon's Latin motto, which was *Clementia in Potentia*.

Once, when they were much older, their married son, John, and his wife had taken them on a trip to Prince Edward Island.

ALISTAIR MACLEOD : *ISLAND*

It was in July and they left Cape Breton on a Friday and came back on Sunday afternoon. This was in the time before the Anne of Green Gables craze and they did not really know what people were supposed to visit on Prince Edward Island, so on Saturday morning they went to look at Condon's Woollen Mill because it was the name that was most familiar to them. And there it sat. He remembered that they had put on their good clothes although they did not know why, and that he had placed his hat upon his knee because of the perspiration that gathered on his hatband and on his brow. They did not get out of their car but merely looked at the woollen mill through the haze of the July heat. Perhaps they had expected to see Mr. Condon or one of his sons busily converting wool into blankets, but they saw nothing. Later his wife was to tell her friends, "We visited Condon's Woollen Mill on Prince Edward Island," as if they had visited a religious shrine or a monument of historical significance and, he thought, she was probably right.

Sometimes in the early passion of their love they would throw the blanket back over his shoulder toward the foot of the bed, or sometimes it would land on the floor by the bed's side. Later, when their ardour had cooled, he would retrieve it and spread it carefully over his wife's shoulders and his own. His wife always slept on the side of the bed closest to the wall, while he slept on the outside in a protective manner. He was always the last person to go to bed and the first to rise. It was the sleeping pattern followed by his own parents and his grandparents as well.

The blanket had been on them when his wife died; died without a sound or a shudder. He had been talking to her for a while in the early morning darkness. He had on his heavy

CLEARANCES

woollen Stanfield's underwear and she her winter nightgown, and the bed was warm from their mutual heat. At first he had thought she was playing a trick on him by refusing to answer or that she was still sleeping, but then in an instant of full wakefulness he recognized the absence of her regular breathing and reached his hand, in the winter darkness, towards her quiet face. It was cool to his touch because of its exposure to the winter air, but when he grasped her hand which lay beneath the blankets it was still warm and seemed to close around his own. He got up, and, trying not to panic, phoned his married children who lived nearby. At first they seemed sceptical in their early morning grogginess, asking him if he was "sure." Perhaps she was only sleeping more soundly than usual? He noticed the whiteness of his knuckles as he grasped the telephone receiver too tightly, trying to get a grip, not only on the receiver, but on the whole frightening situation. Trying to control his voice and remain calm in delivering a message he did not want to deliver and they did not wish to receive. Finally they seemed convinced, but then he noticed the panic rising in their own voices even as he attempted to control it in his own. He found himself trying to recapture the soothing tone of his early fatherhood, speaking to his married, middle-aged children in a manner he might have used thirty or forty years ago in the face of some childhood disaster. With the coming of the VCR and the microwave and the computer and digital recording and so much more, both he and his wife felt that *they* were becoming the children and he sometimes recognized in his children's voices that adult tone of impatience that might have been his at an earlier time. Sometimes he thought the tone bordered on condescension. But now the roles

were suddenly reversed once again. "We will have to do the best we can," he heard himself saying. "I will phone the ambulance and the doctor and the clergyman. It is still early in the morning and most of the world is not yet awake. We will contact the authorities before making any long-distance calls. No, there is no reason to come over here right away. I am fine for a while."

He went back to the bed and pulled the Condon's woollen blanket over her face, but before he did so, he laid his cheek against what he thought of as the stilled beating of her heart.

The previous summer she had been given a variety of multi-coloured pills by the doctor, but they had caused dizziness and drowsiness and a variety of skin eruptions, and she had said, "I wanted to feel better, not worse." One summer's day she opened the screen door and flung all of the pills into the yard. The flock of hens, who always responded to the table scraps flying from the door, raced towards the bounty. Later, five of the most aggressive hens were found dead. "If they did that to the hens," she had said, "what would they do to me?" He had agreed, somewhat reluctantly, to join her in a pact of secrecy. "You don't tell children everything," she had said. "You know that."

It was now ten years later and, of course, he did not think all of these thoughts as the dog pulled at the blanket. Still, they would all come to him later, as they had every day since her death.

He still lived in the house his grandfather had built. It was a large wooden house modelled after the others of its time. It had always appeared quite splendid from the outside but the inside, particularly the upstairs, had remained unfinished for years. For him and his wife it had been their project "to finish it" over the decades of their marriage. They had worked at converting

CLEARANCES

the vast upstairs expanse into individual rooms, drywalling one room and wallpapering another whenever money was available. By the time they had finished the upstairs rooms, the children for whom the rooms had been intended had already begun to leave home; their older daughters going first, as had their aunts, to Boston or Toronto. Now there was only himself and his dog, and when he visited the upstairs rooms they seemed like a museum that he had had a hand in creating.

When he was a child, the vast upstairs contained only one room with a door, where his grandfather slept. The rest had been roughly sectioned into a girls' side and a much smaller boys' side, as he was the only boy. The sections were separated by a series of worn blankets strung on wires. His parents had slept downstairs in the room he occupied now.

As his parents' only son he had gone into the fishing boat with his father when he was eleven or twelve. His grandfather would go with them, sitting on an overturned bait bucket, chewing and spitting tobacco and rising frequently to attempt urination over the boat's side. The old man, he realized now, probably suffered from prostate trouble but had never in all his life been to a doctor. His grandfather seemed always to understand the weather and the tides and where the fish were, as if operating by private radar. They fished for lobster and haddock and herring and hake. In the summer they set their hereditary salmon net.

They conducted almost all of their lives in Gaelic, as had the previous generations for over one hundred years. But in the years between the two world wars they realized, when selling their cattle or lambs or their catches of fish, that they were

disadvantaged by language. He remembered his grandfather growing red in the face beneath his white whiskers as he attempted to deal with the English-speaking buyers. Sending Gaelic words out and receiving English words back; most of the words falling somewhere into the valley of noncomprehension that yawned between them. Across the river the French-speaking Acadians seemed the same, as did the Mi'kmaq to the east. All of them trapped in the beautiful prisons of the languages they loved. "We will have to do better than this," said his grandfather testily. "We will have to learn English. We will have to go forward."

He himself had enlisted in the Second World War to escape what seemed like poverty and, perhaps, as well to seek adventure. Of the latter he found too much and had promised and prayed in the trenches of the dying young that if he were saved he would return home never to leave again. He had prayed in Gaelic, looking across the flames to the German trenches. Prayed in Gaelic because it was more reflexively natural and he felt he could make himself more clearly understood to God in the prayers of his earliest language. It seemed his prayers had been answered and in the subsequent years he was able to repress the most horrific of the memories, choosing to recall only one remarkable week of respite.

In that week, he was on furlough in London and, armed with scraps of paper bearing place names and addresses, he took the train to Glasgow. From Glasgow he took another train and then another. As he switched trains and journeyed farther to the north and to the west, he was aware of the soft sounds of Gaelic around him. At first he was surprised, hearing the language only

CLEARANCES

as what seemed like subliminal whispers, but as the train stopped and started in the small rural stations the Gaelic-speaking population began to intensify and the soft language to dominate. At one station a shepherd got on with his dog. "*Greas ort* (Hurry up)," he said to the dog, and then, "*Dean suidhe* (Sit down)." "*S'e thu jhein a tha tapaidh* (It is yourself that's smart)," he added as the dog sat beside him and looked with interest at the passing moors and mountains.

Sitting there in his Canadian uniform he was aware of his difference and his similarity. Quietly, he took from his pocket the scribbled addresses and bits of information. Haltingly he said to the shepherd "*Ciamar a tha sibh?* (How are you?) *Nach eil e latha breagha a th'ann?* (Isn't it a nice day?)"

Instantly the train coach fell silent and all eyes turned towards him. "*G/e mhath. S'egu dearbh. Tha e blath agus grianach.* (Very well. Yes, it's sunny and warm)," said the shepherd, and then eyeing his epaulette said in measured English, "You are from Canada? You are from the Clearances?" He uttered both statements in the form of questions and pronounced the word "Clearances" as if it were a place instead of a matter of historical eviction.

"Yes," he replied, "I guess so."

Beyond the train's windows the empty moors stretched to the base of the mist-shrouded mountains. The tumbling white-watered streams cascaded down the mountains' sides and a lonely eagle circled over the stone foundations of a vanished people.

"Long time ago," he said to the shepherd, "since we left for Canada."

"Probably lucky," said the shepherd. "Nothing much here any more."

They were quiet for a time. Each of them alone with his own thoughts.

"Tell me, though," said the shepherd, "is it possible that in Canada you can own and keep your land?"

"Yes," he said, "it is."

"Fancy that," replied the shepherd. He was an older man who reminded him of his father.

During the remainder of the week, he tried to do it all. Aided by the information on the scraps of paper and his new-found friends and friends of friends, he went on boats up the inland lochs and across the straits to the offshore islands which he found inhabited mainly by wind and crying seabirds. He found the crumbled gravestones, some bearing his name, beneath the waist-high bracken. Where once people had lived in their hundreds and their thousands, there now stretched only the unpopulated emptiness of the vast estates with their sheep-covered hills or the islands which had become bird sanctuaries or shooting ranges for the well-to-do. He saw himself as the descendant of victims of history and changing economic times, betrayed, perhaps, by politics and poverty as well.

In the evenings around the hospitable whisky bottle he tried to explain the landscape of Cape Breton.

"How would you plant crops amidst all the trees?" inquired his shy hosts.

"Oh, the trees had to be cleared first," he explained. "I guess beginning with my great-great-grandfather. They cut the trees and cleared the land of stones."

"After the war will you go back to these cleared lands?" they asked.

CLEARANCES

"Yes," he said, "I will go back if I get the chance."

In the late afternoons and early evenings he looked across the western ocean, beyond the point of Ardnamurchan, and tried to visualize Cape Breton and his family at their tasks.

"After the clearances," said his friend the shepherd, "there were not many people left. Most of them were gone to Canada or America or Australia. Most of our young men now are in the war or in Glasgow, some in the south of England. But I am here," he added rolling a stem of heather between his fingers, "working for an estate and looking after sheep that are not my own. But the dog is mine."

It was late in the afternoon of his final day and he stood with the shepherd and his ever-watchful dog observing the distant grazing sheep.

He had loved the beautiful dog and his fellows, admired their highly developed intelligence and their eagerness to please. "I will show you how to breed them," said the shepherd. "They will be with you until the end."

After the war he returned with the determined gratitude of those who have survived. With his father's help he cleared yet another field which extended to the ocean's edge. They invested in better cattle and sheep. His friend, the shepherd, sent him a detailed breeding chart for the development of border collies. He sent for pups and, as they matured, endeavoured to keep them in pens during the breeding season so that they might maintain their specialness. His wife shared all of his enthusiasms and never complained, even when as newlyweds they moved into his father's house. His widowed father was respectful of their privacy and gave them the bedroom he had once shared

with his wife and journeyed to the upstairs bedroom which his own father had inhabited as an older man.

"Things will get better," said his father. "We are going forward. Maybe next year we will get a bigger boat."

Sometimes in the evenings he would look across the ocean, imagining he could see the point of Ardnamurchan and beyond. Sometimes he would try to explain the Highland landscape to his father and his wife, though never mentioning his experiences in the trenches.

On this day when he emerged from his bed, he looked out the window at the rooftops of the houses he had helped build for his two sons in what seemed like another lifetime. He had merely given them the land and had not bothered to draw up deeds to decide if or where his property ended and theirs began. They had all been enthusiastic about the younger men's approaching marriages; all of them interested in "going forward" and doing the best they could. He had not thought of boundaries or borders until his second son's death eight years ago. His strong athletic son breaking his neck in a fall from his rooftop while trying to clean his chimney. It had seemed so bizarre and unexpected as he, like most parents, had not expected to outlive his children. There was no will, nor title to the deceased man's house, as none of them had, originally, thought such documentation to be important. In a fit of delayed guilt he had drawn up a deed so that his daughter-in-law might have title to her house and to a block of surrounding land. As he had not anticipated his son's death, neither had he anticipated that his daughter-in-law would fall in love with someone else

CLEARANCES

and move to Halifax, selling her property to a surly summer couple who erected a seven-foot privacy fence and kept a sullen pitbull who paced restlessly behind it. He had not been in the house he helped to build since the changing of the land.

He looked in the direction of his son John's house and felt like calling him up and asking him to visit but felt that it was too early and that the younger man, perhaps, needed to stay in bed. He felt great sympathy for John, whom he saw now as a harried middle-aged man. He had helped him finance a large boat in order to be competitive, but the fish quotas had changed and now the boat sat idle, unable to be of use and unable to be sold. For the past two seasons, John had been in Leamington, Ontario, fishing with the Portuguese fishermen he had once known off the coast of Newfoundland; fishing Lake Erie for pickerel and bass, perch and smelt; sleeping in a small room on Erie Street with a pull-out couch and a hot plate. The crying gulls followed the boats of Lake Erie too, John said, but they were a different species.

He felt sorrow for John and his family, watching the older children become, he thought, more unruly and their mother more tight-lipped and worn down. He tried to be involved without being intrusive, well aware that a father-in-law was not a husband. John was currently home to celebrate his wife's birthday, having driven 1,500 miles without pausing to sleep.

He spoke to the dog in Gaelic as he proceeded to put on his clothes. "*S'e thu jhein a tha tapaidh* (It is yourself that's smart)," he said. He had always spoken to the dog and his predecessors in Gaelic, thinking it somehow preserved a link with his own and

his animal's ancestral past. He knew that people were amused and impressed by his "bilingual dog," as they persisted in calling him. He looked now at the dog's eagerness and felt a twinge of sadness for the unused potential the dog represented. He was, he felt, somewhat like John's unused expensive boat, except that he was vitally and intensely alive. He felt somehow that he had denied the dog his heritage by no longer keeping sheep or livestock of any kind, with the exception of a few scattered hens.

Many of the neighbouring farms no longer maintained fences, and the keeping of livestock had become almost impossible. Sometimes the dog would fall into a herding position behind the annoyed hens or even younger grandchildren, stimulated by what he was born to do. He was aware also of the dog's sexual frustration, aware that he was eager to breed and eager to herd and eager to please, always looking at him with his hopeful brown eyes, constantly seeking direction. Sometimes the dog accompanied him in the passenger seat of his pickup truck, looking out the window at the passing landscape, his excitement quickening if he happened to view livestock on the distant hills.

The dog had been with him when he had backed out of the Co-op parking lot into the fender of an approaching car. While assessing the damage he had overheard someone say, "He is too old to be driving. He's always preoccupied. The dog would be a better driver." He had gone for a driver's test and passed it with flying colours. "I wish I had your reflexes," said the examiner.

He and the dog had just gone outside to the morning sun when the pickup truck drove into the yard. Although he was

CLEARANCES

temporarily surprised, he recognized the young driver as one of a series of "clear-cutters" who yearned for the spruce trees that had gradually reclaimed the field he had once cleared as a younger man. He was torn between sympathy for the young clear-cutters, who were ambitious and attempting to make a living, and annoyance at their rapaciousness. They would option a parcel of land and cut everything in sight, taking the valuable logs and pulp and leaving a desolation of stumpage and slashed limbs and inferior wood behind. They worked rapidly with their heavy power equipment, sometimes leaving behind trenches the height of a man. They would pay owners such as himself a percentage of the cordage.

The young man identified himself through a Gaelic patronymic, adding helpfully, "I'm your cousin."

He was annoyed by the young man's brashness, recalling that he had a particular reputation for leaving disaster behind him and not being overly forthright in his cordage payments.

"I may as well log off your wood," he said. "It will be good for you and good for me. May as well log it off before the damn tourists get everything."

The tourists were a sore point with some people. They had begun to flood into what they saw as prime recreation area, marvelling at the pristine water and the unpolluted air. Many of them were from the New England area and an increasing number from Europe. They slept late and often complained about the whine of the clear-cutters' saws. In the summer the clear-cutters often began their work at four in the morning in order to avoid the extremes of the summer's heat. Some of the tourists had

ALISTAIR MACLEOD : *ISLAND*

taken pictures of the carnage left behind by the clear-cutters and had them published in environmental magazines.

"I'm just trying to make a living," said the young man. "This isn't my recreational area. This is my home. Yours too." He felt a wave of sympathy for the young man, recognizing familiar echoes within his speech.

"What about it?" continued his visitor. "Soon the tourists and the Government will have everything. Look what happened to the fishing. Look at your salmon nets. Look at the Park to the north. We'll all be living in a wilderness area before we know it."

He was surprised that the young man knew about his salmon nets. For generations they had set the delicate, beautiful nets, and they had been a promise for his sons. They had fished under the threat that the Government would eliminate such customs as theirs because it was thought to be more beneficial if their few salmon entered the mainland rivers for the benefit of the summer anglers. And the rumours had proven, eventually, to be true.

He winced also at the thought of "the Park." Located farther north, it seemed to travel like a slow-moving glacier, claiming more and more land to be used as hiking trails and wilderness areas, while the families in its path worried about eviction notices.

"People like you and me," said the young man, "are no match for the Government and the tourists."

"I'll think about it," he said, trying to be polite in the face of growing frustration.

"Think all you like," said the young man. "Thinking doesn't change facts. Here's my card," he said, offering a white rectangle which he drew from his shirt pocket.

"Never mind the card," he said. "I'll know where to find you."

The truck left in what seemed like a hail of small rocks.

He had wanted to say something like, "When I was your age, I was in the trenches," but it seemed like something an old man might say, and, perhaps, it would not matter very much.

He was still deep in troubled thought and looking at the ground when he became aware of John's approach. He had walked quietly across the field that separated their houses.

"Hello," he said with a start when John appeared suddenly before him. "He wants to buy the wood," he added by way of explaining his recent visitor.

"Yes," said his son, "I recognized the truck."

They were silent for a while, moving the pebbles of the driveway with their shoes, uncomfortable with their private and communal thoughts to the extent that they were almost relieved when the bright new car came rapidly but quietly up the driveway. Both of them recognized the casually dressed real estate salesman, although they did not know the more formally dressed couple in the back seat.

"Hi," said the salesman, stepping out of the car and extending his hand in what seemed like a single motion. "These people are looking for land with ocean frontage," he said. "We have driven forty miles and seen nothing they like as well as yours. They are from Germany," he said, dropping his voice, "but they speak perfect English."

"Oh, it's not for sale," he heard himself say.

"You shouldn't say that until you know what they're willing to pay," said the real estate agent. "They say there is no land like this for sale anywhere in Europe."

He found himself amazed for the second time in the still-early day. He recognized that the real estate agent operated on commission, but was not really certain why that should annoy him.

The German couple emerged from the car. They shook hands very formally. "Nice day," said the man, while his wife smiled pleasantly. "Very nice land," he continued. "Runs down to the ocean?"

"Yes," he said, "runs down to the ocean."

The couple smiled and then walked a few yards away and began to converse in German.

John tapped him on the shoulder and beckoned to him. They, in turn, moved a few yards away, and it took a few seconds before he realized John was talking to him in Gaelic. "You could ask them if they want the wood," he said. "If you were to sell, maybe you could sell the wood first and then the land later."

He was startled by what seemed like a family betrayal. They continued to speak uncomfortably in Gaelic while a short distance away the couple continued to converse in German. The real estate agent stood listlessly between them while the July sun contributed to the perspiration forming on his brow. He looked slightly irritated at being banished to what seemed like a state of unilingual loneliness.

"Ask them if they're interested in the wood," said John, moving toward the real estate agent and speaking in English. He explained his issue in low tones and the real estate agent conveyed the information to the couple, who spoke enthusiastically to one another in German.

The real estate agent came back, seemingly impressed by his role as interpretive negotiator. "They don't care about the

wood," he said. "They say it just blocks the view of the ocean. You can do what you want with it. They wouldn't take possession until next spring and you can do anything you want with it until then. They will offer a very good price."

The German gentleman approached and smiled. "Very nice land," he repeated. Then he added, "Not very many people around here."

"No," he heard himself say, "not any more. A lot of them gone to the States. A lot of the younger people gone to Halifax or southern Ontario."

"Oh yes," said the man. "Nice and quiet."

He was aware of the presence of John beside him.

"I'll have to think about it," he said.

"Sure," said the real estate agent and handed him his card, "but the sooner the better."

The Germans smiled and shook his hand. "Very nice land," the man repeated. "Hope to hear from you soon."

They got into the car and waved as they departed.

"Not telling you what to do," said John, "but I've spent almost my whole life here, too. You always said, 'We have to go forward' and 'Things will get better.' Maybe if this worked out I could stay here with my wife and children for a while." He stood uncertainly for a moment, uncomfortable in his father's presence. Finally, he said, "Well, I have to go now. Good-bye. *Sin e ged tha* (That's the way it is)."

"Yes," he said, "good-bye. *Sin e ged tha*."

"It is going to be hot today," he said to himself, "as hot as that day we visited Condon's Woollen Mill." But then he remembered that Condon's Woollen Mill no longer existed.

He and the dog walked down to his little fishing shanty. He opened the door and took down the beautiful salmon nets from the pegs where they were hung. He went to rub the cork buoys between his fingers, but they crumbled at his touch. He came back out and closed the door. He looked at the land once cleared by his great-great-grandfather and at the field once cleared by himself. The spruce trees had been there and had been cleared and now they were back again. They went and came something like the tide, he thought, although he knew his analogy was incorrect. He looked toward the sea; somewhere out there, miles beyond his vision, he imagined the point of Ardnamurchan and the land which lay beyond. He was at the edge of one continent, he thought, facing the invisible edge of another. He saw himself as a man in a historical documentary, probably, he thought, filmed in black and white.

He felt the dog grow tense beside him and emit a low growl. He turned to see his neighbour's pitbull advancing towards them. The large beast wore a collar covered with pointed studs and moved with deliberate measured steps. Its huge jaws were clenched firmly and strings of saliva hung, like beaded curtains, from its bloated, purple lips.

He glanced at his own dog and saw the black and white hair rising determinedly on its neck. "Both of us are overmatched here," he thought, but he heard his voice say softly in Gaelic, "*S'e thu fhein a tha tapaidh* (It is yourself that's smart)."

He looked up at the sun. It had reached its zenith and was about to decline. He looked down at his dog as it trembled beside him. "Neither of us was born for this," he thought, and then, from a great distance, across the ocean and across the years,

CLEARANCES

he heard the voice of his friend the shepherd. He lowered his right hand until his fingertips touched the bristling hair on the dog's neck. A small gesture to give each other courage. And then they both took a step forward at the same time. As the blood roared in his ears, he heard the voice again, "They will be with you until the end."

Bibliografía

Baer, William. *A Lesson in the Art of Storytelling: An Interview with Alistair MacLeod*. Publicado en Michigan Quarterly Review, vol. XLIV, no. 2, Verano del 2005 por la Universidad de Michigan. Disponible en: hdl.handle.net/2027/spo.act2080.0044.217.

Buckie, Catherine, *Parliamentary Democracy in Nova Scotia: How it Began, How it Evolved*. Halifax: Communications Nova Scotia, 2009.

Campey, Lucille H. *After the Hector: The Scottish Pioneers of Nova Scotia and Cape Breton 1773-1852*. Toronto: Natural Heritage Books A Member of The Dundurn Group, 2004.

Ceallaigh, Seamus. "The Gaelic Middle Passage to Canada". *Cultural Identities in Canadian Literature*. Nueva York : Peter Lang, 1998.

Christopher, Emma. Pybus, Cassandra. Rediker, Marcus. *Many Middle Passages: Forced Migration and the Making of the Modern World*. Los Ángeles: University of California Press, 2007.

Crace, John. "The referendum campaign digested: how Cameron's tactics backfired Playing hardball with the first minister over the referendum choices failed to account for the Scots' dislike of the Tories", *The Guardian*, 2014, www.theguardian.com/politics/2014/sep/18/cameron-devo-max-salmond-referendum-scots-antipathy-tories, 19 de septiembre de 2014.

Constantino, Julia. "Narrativas traductoras: un acercamiento a la traducción desde la noción de violencia moral". *Leer, traducir, reescribir*. Cord. Nair María Anaya Ferreira. México: Bonilla Artigas Editores, 2014. 15-42.

Grant, Kevin James. (junio 2014). “And in Every Hamlet a Poet’: Gaelic Oral Tradition and Postmedieval Archaeology in Scotland”. www.academia.edu/

MacLeod, Alisair. “Clearances”. *Island: The Complete Stories*. Nueva York: W. W. Norton & Company Ltd., 2000. 413-431.

McIntyre, Michael. *The Revival of Scottish Gaelic Through Education*. Nueva York: Cambria Press, 2009.

Pollard, Tony (Ed.). *Culloden: The History and Archaeology of The Last Clan Battle*. England: Pen & Sword Books Limited, 2017.

Stewart, Dave. “Condons Woolen Mills building demolished”, *The Guardian*, 2010, www.theguardian.com/news/regional/2010-05-08/article-1283839/Condons-Woolen-Mills-building-demolished/1, 8 de mayo de 2010.

Vázquez R., Guillermina, *Glosario de arcaísmos*, 27 de mayo de 2013, Instituto de Investigaciones Históricas (UNAM), www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/monarquia/volumen/07/miv7042.pdp

Venuti, Lawrence. *The Translator’s Invisibility: A history of translation*. Londres: Routledge, 1995.